

AGOS 2020

Nº 18

INIA



GONZÁLEZ • MORALES • LOUREYRO • ESPINOZA • CASALINO • MARCOS • JUÁREZ • G2YOLDI

UN NUEVO ESTILO DE VIDA

y otros relatos



CRÉDITOS

18

© 2020 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)
© 2020 Daniel González Chaves, Álvaro Morales Collazo, Aldana Loureyro,
Gerardo Espinoza, Álvaro Casalino Hildebrandt, Marco Antonio Marcos,
Edher Juárez López, g2yoldi.

Directores: **Héctor Huerto Vizcarra,**
Gerardo Espinoza

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Sergio Mars, Otilia**
Navarrete, Miguel Huertas, Tanya
Tynjälä y Daniel Arteaga.

Diseño de portada: **Gerardo Espinoza**

Diagramación: **Gerardo Espinoza**

Corrección de estilo: **Héctor Huerto**
Vizcarra

Revista digital de fantasía, ciencia ficción
y terror **Relatos Increíbles**

N° 18: **Agosto 2020**

ISSN: **2413-9017**

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

www.patreon.com/relatosinc

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



ÚNETE A LA
COMUNIDAD



COLABORA
CON NUESTRO
PROYECTO

ENTRA A:

► patreon.com/relatosinc





ÍNDICE

Editorial	05
Entrevista	06
Relatos de la bestia	08
La cuarta lápida	11
Iza - El último axiere	17
El amarre	19
Un último vistazo	24
El crujido de una rama de árbol	31
En la granja de Battiato	43
Un nuevo estilo de vida	48
Autores	55
Agradecimientos	57
Reseñas	59
Libros recomendados	59

EDITORIAL



Tengo un sueño, uno donde la revista es leída y comentada por centenares de personas. Y estoy seguro que hemos dado el primer paso pese a que seguramente el número anterior no es el número más leído. Las cifras son claras, la versión de preventa tiene 455 descargas, pero la revista solo ha sido comprada por 13 personas, incluyendo a nuestros primeros cinco fabulosos patreon. Para todos ellos mi más sincero agradecimiento. Desde que planteamos el relanzamiento, nuestra fanpage ha crecido en más de dos mil seguidores en dos meses y nuestra cuarta convocatoria ha recibido 344 cuentos de 227 autores de 17 países. ¿Tenemos más escritores que lectores? ¿Eso es posible? ¿Eso es viable? No, no lo es. Sin embargo, hemos empezado este camino juntos y estamos en la ruta correcta. Lo hemos demostrado cuando tuvimos que ayudar a un escritor amigo, cuando nos reunimos cada mes los escritores de la revista o cuando decidimos organizar el espacio de entrevistas de Autores Increíbles de los viernes de cada semana.

En este número tenemos ocho cuentos formidables e imperdibles. El cuento de portada de Daniel González narra con bastante agilidad los problemas que tiene que enfrentar una familia cuando uno de los suyos es mordido por un vampiro. Además, Álvaro Morales nos lleva a una extraña y tenebrosa búsqueda, donde el amor no es lo que parece. Aldana Loureyro, por su parte, nos cuenta el misterio que cunde en un extraño pueblo, donde uno no obtiene lo que desea. Mientras Gerardo Espinoza nos cuenta acerca de unos últimos sobrevivientes. En tanto que Álvaro Casalino describe las fuerzas oscuras que pueden rodear el ingenuo pedido de una joven por un amor perdido. A esto le sigue la historia de Marco A. Marcos donde los lazos familiares se ponen a prueba en una disyuntiva de vida o muerte. Edher Juárez nos narra acerca de un mundo donde son las máquinas las únicas sobrevivientes, pero no por ello menos humanas. Finalmente, g2yoldi cuenta un encuentro inesperado donde nada es lo que parece.

Héctor Huerto Vizcarra
Director de Relatos Increíbles

ENTREVISTA A
HANS ROTHGIESSER

POR ZOMOS ZOMBIES

HH. ¿Cómo nace la idea de publicar este libro?

HR. A mí siempre me ha gustado el género del terror y siempre había considerado particularmente valientes a los autores peruanos que optaban por ese género, considerando que los medios y la mayoría de los críticos literarios lo consideran un género menor. No obstante, desde que publiqué mi primera novela de terror, *Réquiem por Lima*, tuve la suerte de conocer a muchos de ellos y de conversar con ellos. Incluso hice muchos amigos. Habíamos hablado de sacar una especie de libro de cuentos en el que nos presentáramos los que escribimos específicamente sobre zombies. Sin embargo, me parecía que tenía que tener un giro o algo que hiciera el libro más atractivo. Así fue como pensé en ambientar cada cuento en un departamento distinto.

HH. ¿Cómo así te empieza a interesar la temática zombi?

HR. Me parece que cada monstruo (el vampiro, el hombre lobo, el zombi, etc.) tiene una mitología detrás y una simbología que lo hace perfecto para cierto tipo de historia. El zombi en particular sirve muy bien para hablar de la sociedad peruana actual, pero haciendo paralelos a una realidad distinta. El zombi clásico, con sus reglas bien definidas, es ideal para poder hablar de lo egoístas que somos, de cómo los peruanos nos negamos a colaborar para sacar adelante al país, de cómo los peruanos en realidad somos trabajadores pero un solo idiota es suficiente para arruinarlo todo, etc. En *Réquiem por Lima*, mi atención estaba en un tema en especial. En *Réquiem por San Borja* en otro y en *Réquiem por Lurín* en otro. Y las tres

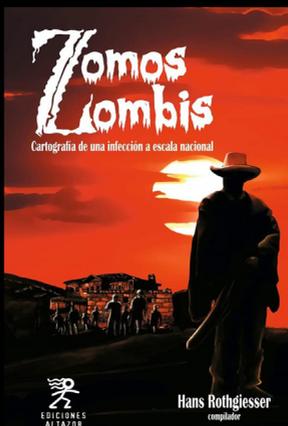
transcurren en el mismo universo. El zombi te permite eso y por eso me gusta tanto.

HH. ¿Crees que la humanidad está marcada por las pandemias?

HR. El desarrollo de la sociedad ha estado marcado por distintas crisis, no solo las pandemias. La peste negra en Europa trajo muchas muertes y tragedia, pero además fue el punto de origen de una serie de movimientos culturales y científicos que tienen impacto hasta hoy día. Por ejemplo, una revalorización de la vida humana, lo que llevó a un replanteamiento de los hospitales y un incremento en los salarios de los que trabajaban la tierra. No obstante, en este momento sería difícil predecir cómo afectará el COVID 19 a la humanidad en su conjunto al largo plazo.

HH. ¿Cómo se produjo la selección de autores que al final aparece en el libro?

HR. Fue un proceso bien dinámico. Al comienzo yo tenía una lista de autores que quería incluir de todas maneras, porque son autores que han escrito terror y que estaba seguro que podrían aportar algo de calidad. De esos, varios aceptaron. También tenía amigos escritores que yo estimaba, por lo que les había leído, que si se concentraban en escribir un cuento de este género podrían generar algo bueno. Y después me puse a pedir referencias. Pregunté a algunos que habían trabajado el género de terror para otros proyectos si me podían recomendar a alguien. Cuando me daban un nombre, lo buscaba en internet y leía



cosas que hubiese escrito, para tratar de entender si escribía bien y si podría entrar a este proyecto. El resultado ha sido bien satisfactorio, por lo menos para mí.

HH. Aunque me imagino que debe ser complicado hacer una evaluación sobre tu propia compilación, ¿qué cuentos destacarías dentro de toda la antología?

HR. Depende del tipo de experiencia que quieras tener. Yo a todos les pedí que cumplieran con una serie de parámetros, de tal manera que todos los cuentos puedan coexistir en un mismo universo. Casi todos cumplieron. Otros rompieron un par de esas reglas, pero son tan buenos que igual los incluí. Entonces, si lo que quieres es una gran historia contada por distintos autores, esta es una experiencia. Después, hay otros que se fueron de cabeza por el comentario social y eso es válido. El género del terror es muy bueno para dar una arena para eso, justamente. Entonces, si lo que quieres es una crítica a la sociedad peruana desde la perspectiva del sobreviviente a una pandemia zombi, esa es otra experiencia. Este libro se presta para distintas experiencias y creo que eso es lo que más me ha emocionado del producto final.

HH. ¿De qué manera la temática zombi podría evolucionar en el Perú?

HR. Un problema que yo veo en general, no solo con la temática zombi, es que muchos autores peruanos se meten a un campo sin investigar lo que ya se ha hecho. En ese sentido, escriben su historia de zombis y se consideran muy audaces y muy creativos... cuando al final lo que están produciendo es algo muy similar a otros muchos textos que ya todos hemos leído muchas veces. Pues bien, en el Perú hay muchos autores de terror en general que sí consumen mucho terror. Saben lo que ya se ha hecho y saben lo que funciona y lo que no funciona. Por eso, yo creo que en general, no solo de zombis, pero de todos los textos de monstruos, vamos

a comenzar a ver cada vez material más original y más novedoso.

HH. ¿Podemos esperar más libros de tu trilogía de zombis ambientada en el Perú?

HR. Hay uno más que ya está listo. En realidad, *Réquiem por Lurín* era el doble de largo, pero cuando lo diagramaron me recomendaron dividirlo en dos partes, porque salía muy grueso y eso iba a traer algunas complicaciones que ya había sufrido con una novela anterior, *Albatros*. Así que la dividí en dos partes independientes. La primera es *Réquiem por Lurín*, que la publiqué en el 2019. La segunda se llamará *Réquiem por Tarma* y ya está lista. Con un poco de suerte la saco a finales del 2020. Después de eso depende de si la gente sigue leyendo. Hasta ahora no me puedo quejar.

HH. ¿Qué libros recomendarías a nuestros lectores?

HR. Hoy en día, los lectores tenemos suerte, porque podemos leer de todo. Cuando yo estaba en la universidad me demoré varios meses en conseguir un ejemplar de *Fundación* de Isaac Asimov. Simplemente no había. Las librerías no tenían ejemplares. Las bibliotecas a las que solía ir nunca habían estado interesadas en ciencia ficción. Hoy en día en un Kindle se consigue en 30 segundos. Y ni siquiera es caro. Y el aparato lo compré por 50 dólares, que es barato si lo comparas con tu celular y con todo lo que te ahorras luego en comprar libros. Y las librerías que tenemos hoy son el paraíso en comparación a lo que teníamos en mi infancia, con restricciones a la importación y con prohibiciones a la venta de algunos títulos. Hoy en día mi recomendación es que lean todo lo que puedan. Y si comienzan un libro y en un capítulo no los cautivaron, bótenlo. Hay otros quinientos títulos en espera.

No pierdan el tiempo en material mediocre. Aprovechen que viven en la era de la información.





Relatos de la bestia

Por: *Aldana Loureyro*

Vivo en un pueblo muy alejado de cualquier ciudad. A diferencia de lo que se suele creer de la gente de los pueblos, las personas de aquí no son humildes, la mayoría ni siquiera son amables. La gente en este lugar es terriblemente ambiciosa y busca sacar ganancia de lo que sea. Si vives aquí es fundamental que desconfíes, que revises cada vuelta y lo pienses muchas veces antes de iniciar un proyecto, porque todos van a tratar de arruinarte para su propio beneficio.

Creo que es por la forma de ser de las personas que las bestias eligieron este lugar. Con los increíbles sentidos que tienen, debieron oler la ambición y el egoísmo que desprendemos. Su presencia es definitivamente lo que hace que este lugar sea especial.

No les gusta dejarse ver, pero todos las habremos visto alguna vez. Suelen ser bípedos como nosotros, pero cuando corren, lo hacen a cuatro patas y alcanzan una velocidad inigualable. Son tan rápidas como sombras. Están cubiertas de pelo que suele ser negro o muy oscuro, les es fácil mezclarse con la noche. Sabemos que son inteligentes, porque si te quedas solo y tienes la suerte o la desgracia de que alguna de ellas te vea, te hablarán. Te pedirán que por favor escuches sus relatos. Intentarán convencerte ofreciéndote todo lo que puedas imaginar. Si eres prudente, no aceptarás.

Pero claro, aquí la gente es ambiciosa, no prudente. Primero solo fueron rumores de que se vio a ciertas personas aceptar y sumergirse en el bosque siguiendo la figura de una bestia. Tal vez fueron los más temerarios, tal vez los de voluntad más débil o simplemente los más estúpidos. Cualquiera sea el caso, algunas personas empezaron a aceptar las tentadoras ofertas de esos seres tan misteriosos. El hecho que hizo que la gente empiece a aceptar masivamente las propuestas, fue que todos ellos volvieron. Todos enteros, sanos y dispuestos a seguir con sus vidas.

Son curiosos empezamos a interrogarlos. No los dejamos en paz, pero ellos nos ignoraron. Seguimos insistiendo hasta que empezaron a pedirnos amablemente que dejemos de insistir, porque no iban a decir una palabra del tema. Terminaron enojándose, gritando que dejáramos de molestar.

Muchos volvían con las recompensas que habían pedido. Lo curioso es que no las usaban. Guardaban el oro en sus casas. Se hacían invencibles, pero no usaban su fuerza. Los demás los envidiábamos, tenían lo que todos queríamos y nos enojábamos al ver como lo desperdiciaban.

La curiosidad es terrible si no se sabe controlarla. Al ver como todos volvían enteros y sanos, me sentí seguro de intentarlo. ¿Qué podía perder?

Esperé por la noche en un lugar apartado y la espera no fue larga, pero se hizo eterna para mí. Estaba nervioso y cada ruido de la noche parecía ser ellas. Cuando al fin se hicieron presentes, supongo que sintieron mis intenciones porque la bestia negra que vino por mí y me miraba desde el bosque no habló, solo me hizo gestos.

El camino fue increíblemente silencioso. La bestia caminaba sin emitir ruido alguno y, al parecer, la naturaleza entera la respetaba. Lo único que interrumpía el perfecto silencio eran mis torpes pasos de humano y, de vez en cuando, el sonido del viento hacía del entorno un poquito más siniestro. La incertidumbre me estaba matando, pero no emití palabra ni queja. Solo tenía que seguirla. Al fin, paró en un pequeño claro donde la luz de la luna era suficiente para distinguir su rostro y empezó su relato.

Enseguida los nervios y la ansiedad se fueron. Los ojos de las bestias eran absolutamente inexpresivos, menos cuando relataban. Me quedé tan absorto en su historia que me olvidé de todo lo demás. El tiempo y las preocupaciones dejaron de existir. Aquello estaba lleno de cosas indescriptibles, pero que todos entendemos muy bien. Sufrimiento, tristeza y alegría, de la que se siente con una victoria, como algo que intentamos desde hace mucho tiempo y que, al fin, después de un interminable esfuerzo podemos lograr.

La bestia me contó su vida, sus sentimientos, sus pensamientos. Todo lo que había ganado y perdido, todo por lo que había pasado. Todo tan excelentemente expresado que sentí una empatía total por ella. Su narración me tenía tan atento que no quise emitir ningún sonido para interrumpirla. Respiraba despacio, me mordía el labio para evitar exclamaciones. No parpadeaba para no perderme ni un instante de sus expresiones.

Entonces fue cuando sacó una pequeña esfera de cristal. No sé de dónde, pero de un momento a otro estaba en su mano. No podía contenerme para mirarlo. Se podía ver dentro, pero no podía entender lo que veía, no tenía sentido para mí. Era algo conocido y desconocido, algo que amaba y odiaba. Una mezcla de luces y oscuridades que se mezclaban entre ellas desesperadas.

Aquello me hipnotizó, inevitablemente.

Sentí una conexión con el cristal. No es algo metafórico, no estoy tratando de describir una sensación. Realmente, estaba conectado con él. Me sentí encadenado a la inmensa fuerza invisible que de aquella cosa emanaba. La unión era totalmente irreversible. Sentí una horrible desesperación, intenté escaparme de aquello con toda mi fuerza, pero no había forma. Ya no era sólo una unión, ya era parte de la fuerza y me sentí impotente mientras luchaba por salir.

Al fin, el cristal me liberó. Me sentí tan mareado que apenas podía distinguir lo que estaba viendo. Cuando al fin me recuperé, la bestia ya no estaba

conmigo y me di cuenta que me faltaba algo, algo muy importante, pero no podía entender qué.

Mientras volvía a mi pueblo, empecé a pensar con claridad de nuevo y lentamente lo entendí. Una parte de mí había quedado encerrada en aquel cristal. Esa parte que los humanos no tenemos la capacidad suficiente para entender. Comúnmente la llamamos alma.

Desde entonces no puedo sentir nada más que un vacío. Ese día, al llegar a mi casa me di cuenta que mis bolsillos estaban llenos de oro y me dio igual. Duermo sin sueños y vivo una vida casi mecánica. Casi, porque algunas veces siento un ápice de emoción. Es como una pequeña chispa de las emociones más básicas. Felicidad, entusiasmo, tristeza. Las monedas de oro están tiradas por ahí, no recuerdo dónde las dejé, ni me interesa saberlo. Fuera de eso, solo soy capaz de sentir dos cosas ahora. Miedo, el sentimiento más básico e instintivo para mantener el cuerpo a salvo, y una extraña sensación que me incomoda terriblemente cada vez que alguien me pregunta sobre las bestias. No sé por qué, pero tengo la certeza de que no debo hablar de eso y por mucho que me pregunten no diré una sola palabra.



La cuarta lápida

Por: *Álvaro Morales Collazo*

Cuando vio la primera lápida de la cripta secreta de Ambrosio, Eric dejó de lado todo lo que había aprendido. El anagrama de Fruigoni abandonó sus pensamientos. No recordó el pasaje del toscano que versaba: «La primera lápida es el reto más sencillo; sin embargo su potencial es ilimitado». Toda la preparación dedicada a ese momento se desbarató en un instante ante la evidencia objetiva. Nunca volvería a especular sobre la existencia de ese recinto. Extendió su mano derecha hasta tocar la piedra negra de la enorme columna levantada por el mismísimo Sinan, arquitecto de Edirne, con el propósito de contener las cuatro lápidas y sus respectivos nichos, y un escalofrío le recorrió la espalda. Todos observábamos extasiados. Pero yo miraba con atención a Eric. Esperaba ver cómo se alzaba desde dentro de sí mismo, la forma en que se liberaba. En su mirada altiva yo veía el influjo de la ambición, ese otro hechizo que minimizaba todos mis encantos.

Todo comenzó hace nueve meses. Lo había visto a punto de naufragar entre un mar de turistas en una de las calles del mercado. Aún a la distancia pude distinguirlo. Parecía por completo salido de contexto. Lo seguían de cerca dos muchachos habituales del puerto, que esperaban el mejor momento para meter una mano en cualquiera de sus bolsillos. Llevaba una mochila en la espalda y cargaba una gran carpeta repleta de papeles. Los lentes le colgaban a la altura del cuello pues ya se había resignado a no ver bien y a dejar que esa masa humana, que no comprendía, lo arrastrara calle abajo como una marea. Tenía la camisa empapada de sudor y en el rostro el gesto ese que toman algunos hombres cuando prefieren creer que son víctimas de las circunstancias.

Yo sabía que un escote no tendría el efecto promedio. De modo que hacia el final de la calle, justo antes de la curva que se abre a la explanada del puerto, le salí al cruce intentando parecer una intelectual refinada. Los dos muchachos no me reconocieron, pero se frenaron en seco al saberse descubiertos, justo en el momento previo a lo que creían

que sería un golpe maestro. Parecieron gruñir como dos perros derrotados y volvieron a perderse entre la multitud. Eric demostró presentir que algo estaba ocurriendo a su alrededor. Giró y miró con insistencia calle arriba. Cuando retomó su camino me llevó por delante. Los documentos se desparramaron por la calle y amortiguaron los pesados libros que yo llevaba y que se me escaparon de las manos. Se debatió incómodo en el límite entre el lamento por el aprecio que le tenía a esos papeles y sus intenciones de disculparse. Supongo que los hombres siempre se debaten en esa lucha eterna entre lo que quieren y lo que les han enseñado. Al final pudo más lo segundo, y juntos levantamos primero mis libros y luego sus papeles. Así comenzó todo. Sacó la vista del primer libro que tomaba, me miró a los ojos buscando profundidad y dijo:

—¿Este es el...?

Yo afirmé en forma premeditada.

—Esta biografía no está autorizada —continuó con el segundo.

Y puse gesto de sorpresa.

—¿Dónde ha conseguido este libro? Creí que nadie con vida había visto uno —concluyó al levantar el tercero.

Me invitó a un café, más interesado en los libros que en una cuestión estética. Muy pronto la conversación se volvió apasionada. Nos obsesionaban los mismos temas. Le conté que estaba realizando un estudio sobre un personaje vinculado a Giovanni Lorenzo, el secretario de Pablo III, y que me había topado con el caserón rosado junto al murallón portuario. Este personaje era Ambrosio Decio. Intentó muy mal hacerse el desentendido. Me reí y al instante abandonó la impostura. Ambos sabíamos que esa casa tenía medio milenio de antigüedad, que había sido borrada de los registros a principios del 1600 luego de incendiarse, y que desde entonces la habían reconstruido muchas veces. Demostró su asombro ante lo que consideraba un conocimiento casi exclusivo. Ya nadie recordaba que esa casa había pertenecido a la arquidiócesis, ni que antes de eso ya contaba con una ilustre historia. Hacía tiempo que se habían apagado los rumores sobre sus orígenes y su arquitectura. Ya nadie parecía creer que hubiera pertenecido a Ambrosio, y menos aún recordar los dichos sobre sus cámaras secretas y sus tesoros escondidos. Eric palideció cuando le dije que esto yo lo sabía gracias a un compañero de estudios que tenía un familiar en una alcaldía. Un muchacho taciturno al que le interesaban los mitos asociados sobre tesoros y monstruos mitológicos mucho más que la historia. Esto no era cierto, pero Eric no tenía por qué saberlo. Había demorado ocho años en dar con la casa rosada y descreía de cualquier posible beneficio material. Su interés era el conocimiento. Soñaba y perdía el sueño con desentrañar el misterio de la cripta perdida de Ambrosio.

A los quince días los besos fueron la excusa para mudarnos juntos. En realidad pasábamos todo el día compenetrados en la investigación. Dedicamos noches enteras planificando nuestro suceso. Enredados en ese plan obsesivo había un sinnúmero de conversaciones, charlas sobre libros y soliloquios metafísicos. A Eric le gustaba rondar alguna de las paradojas que se desprenden de ciertos razonamientos newtonianos. Insistía en la existencia de una ley universal muy antigua. La suma de todas las fuerzas es igual a cero. Toda potencia en el

universo, encuentra en algún lugar y en algún tiempo a otra que la contrarresta. Los planetas giran alrededor de sus estrellas a una velocidad alucinante, pero la estrella misma se encarga de balancear esta fuerza con otra equivalente y contraria. Todo está balanceado. Esto ha llevado a pensar a algunos que es inútil hacer el bien, ya que por cada buena acción hay una negativa que la contrarresta. Otros han creído que haciendo el mal obligarán a otros hombres a hacer el bien. La principal paradoja que surge de este razonamiento es que este diferendo aparente, a la larga, es uno de los elementos que termina manteniendo el equilibrio. Y es intrascendente lo que unos y otros hagan; el balance está más allá de ellos y de sus acciones.

Según lo planeado, sumamos a Pedro y a Javier y dimos por conformado un grupo. Estas incorporaciones vinieron junto a una idea de mi amante. En algún momento deberíamos ingresar en la casa rosada de forma ilegal. Ser descubiertos no solo nos podría abrir las puertas del ámbito policíaco, sino que comprometería nuestros antecedentes académicos. Dos personas parecían poco para la tarea. Los muchachos eran inofensivos. Habían compartido formación con Eric, aunque cada vez era más evidente que sus caminos se habían separado al nivel del postgrado.

Todo estaba listo para el momento indicado.

Sabíamos bastante sobre esa casa en ruinas. Había sido construida hacia el año 1530 para Ambrosio Decio, mano derecha de Giovanni Lorenzo, uno de los principales secretarios de los pontífices Clemente VII y Pablo III. De familia napolitana, había sido raptado a los quince años de edad por piratas otomanos. Transportado a Izmir fue absorbido por la orden de los Jenízaros, un ejército de élite formado por no musulmanes y cristianos convertidos. Pero su biografía ofrece entonces un giro notable.

A la edad de veintisiete años volvió a aparecer, otra vez en Nápoles, pero establecido como ayudante de Giovanni Lorenzo. Durante muchos años fue amasando una respetable fortuna sin que nadie pareciera recordar su agitado pasado. Investigamos las escasas referencias que había sobre su persona. Cierta fraile lo denunció hacia el final de sus días en el año 1581. La denuncia en sí no trascendió, pero levantó rumores. Y los rumores se propagaron tanto que se elevó un acta en la Santa Sede. Se acusaba a Ambrosio de que aún era un Jenízaro, lo cual implicaba que había pasado las últimas cinco décadas actuando como espía para los otomanos. Para que las autoridades actuaran, también se lo acusó de haber hecho un pacto con varios demonios de oriente.

Su amigo el secretario había fallecido hacía unos años y el aire en Roma era otro desde la matanza de San Bartolomé. Las autoridades se presentaron en la enorme casa con forma de torre de tres pisos junto al murallón y Ambrosio se negó a abrir las puertas de madera. De modo que la chusma dio fuego a la construcción. La ciudad entera aguardó en silencio mientras la casa y sus ocupantes ardían. Al atardecer del día siguiente, tres monjes ingresaron en las ruinas. Intentaban encontrar cualquier cosa que pudiera servir de prueba de alguno de los cargos. El único cronista que relata lo que la comitiva encontró se llamó Gastón Fruigoni. Como buen cronista de puerto no se encontraba en el sitio, y escribió la historia unos veinte años más tarde.

Supone que el fuego descubrió una grieta en una de las rocas utilizadas de cimiento. Los monjes notaron a través de la fisura la existencia de un subsuelo insospechado por debajo del nivel de la bahía. A duras penas se abrieron paso entre los escombros, para encontrar una cámara cuyo contenido comprobaba sus sospechas más exageradas. La sala estaba adornada con bajorrelieves grabados con símbolos que no comprendieron. Pertenecían a una lengua que desconocían y que supusieron satánica. Una enorme biblioteca subterránea fue confiscada y casi todas las pertenencias de Ambrosio fueron retiradas antes de derrumbar los cimientos.

Eric, Pedro y Javier creían tener pruebas de que los monjes habían dejado lo más importante porque no lo pudieron mover. Yo lo sabía. En el centro del subsuelo había una columna negra de seis metros de altura y dos metros de ancho. Había sido tallada en una roca entera de un granito oscuro como la noche. Su manufactura se atribuía a Sinan, el mejor arquitecto otomano de la época. En su parte media se habían tallado cuatro lápidas, una por lado. Se suponía que tres eran falsas, y que solo la cuarta podría tener algún contenido. Muchos habían creído ver en esa cámara un tesoro perdido. Eric creía que el tesoro era la columna. Yo sabía que las lápidas estaban grabadas en un idioma muerto, el *ubykh*, propio de un pueblo del Cáucaso desplazado y absorbido a principios del siglo XX. Eric era una de las pocas personas que podrían traducirlas. Esa había sido la primera y principal razón por la que lo había buscado.

Le conté lo que sabía de la columna. Un complejo sistema mecánico se escondía en su interior. Había sido elaborada bajo mandato del sultán para guardar ciertas reliquias *ubykh* procedentes del pueblo de Garitsino, cerca de la actual Sochi, una de las locaciones donde el historiador Josefo ubicó una de las puertas a los infiernos. Eric no pareció darse cuenta de mi artimaña. Yo fingí seguir de largo. Al fin y al cabo lo conocía muy bien, sabía de lo que era capaz y a lo que estaba dispuesto.

De esa forma, en la noche indicada, en el ápice de la conjunción los cuatro nos colamos en el caserón abandonado.

Cuando la entrada a la cripta secreta se abrió y las luces de las linternas penetraron el polvo que flotaba en el aire, vimos sin más preámbulo la columna. Los cuatro actuamos como atraídos por una especie de magnetismo. Yo sabía que Eric necesitaba tocarla. Busqué el orden de las lápidas y diferencié la primera. Lo acerqué mientras Pedro y Javier examinaban los recovecos de la sala.

—Léela en voz alta —le ordené.

Comenzó con dificultad. Una cosa era aprender una lengua muerta en un libro, donde los ejemplos están armados para que la lección tenga sentido; otra bien diferente traducir un texto tan viejo, donde las letras han sufrido la deformación que produce el paso del tiempo. No comprendió lo que leía y tartamudeó. Lo alenté. Continuó. Pareció entender cuando cambió el gesto en el rostro. O en realidad sería más correcto decir que cambió el gesto cuando entendió algo de lo que estaba leyendo. Se frenó. Volví a alentarle. Terminó la frase y cayó desplomado. Estaba llorando.

Al final la comprensión se había abierto paso. Y la columna tembló al activarse en su interior el cierre metálico que llevaba más de cinco siglos

esperando. El techo entero pareció desplazarse un poco y el polvo volvió a caer desde todas las rendijas. Javier intentó tomarme del hombro con una vaga idea de comenzar a evacuar el subsuelo. Al tocarme se quedó petrificado, tanto que sus ojos parecían estar pintados.

Yo no podía dejar de maravillarme con los relieves de la segunda lápida y con lo fácil que se resolvía mi espera de siglos. Eric, de espaldas y de rodillas, parecía sollozar como un niño mientras poco a poco lo iba cubriendo el polvo y la arena que caían de las grietas entre las piedras del techo. Pedro irrumpió entre nosotros. Observó con los ojos bien abiertos lo que ocurría con el aspecto de Javier, que había comenzado a cambiar. Pareció trastabillar y por un instante creí que caería desplomado.

Por lo visto los cambios en su amigo ponían en riesgo su propio equilibrio. Sonreí por una ocurrencia: ¿Cómo reaccionaría si me viera a mí, sin el envase de la muchacha que ocupo?

—¿Qué está ocurriendo? —dijo entrecortado y llamó la atención de Eric que levantó la vista y se secó la humedad de los ojos.

Yo no necesitaba contestarle. No podría sentir ningún placer en rebajarme a darle una explicación a esa torpe criatura, a esa caricatura. Por otro lado, no existían palabras humanas capaces de hacerle entender lo que estaba ocurriendo. De modo que le dejé ver mi encanto, mi buena disposición y la felicidad que me embargaba, todo en una marcada sonrisa. Pedro gritó. Demostró en un instante su patético miedo a la muerte, su temor supersticioso a la intrascendencia, su entendimiento repentino de peón en posición suicida.

Este grito pareció despertar a los otros dos. Javier se abalanzó sobre Pedro y ambos se perdieron en la nube de arena, enfrascados en una violenta lucha. Eric levantó la vista y me observó con el gesto dubitativo y suplicante de un niño.

—Eric, mi amor —lo abracé—. Javier ha cambiado. Algo ocurre dentro de él. No sabría explicarlo. Atacó a Pedro como si estuviera loco.

Reaccionó. Podía hacerlo. Su mente, después de un adoctrinamiento de tantos años de lógica analítica y rigor científico, podía negar la evidencia del sinsentido y seguir adelante. No sin tristeza he comprobado que la civilización del hombre se basa en este tipo de cosas.

—Eric, amor mío. El mecanismo de la columna ya está activado. En este momento recorre la segunda lápida...

Mi amante pareció volver en sí.

—¡Hay que salir de aquí ya mismo! —exclamó en el tono de un héroe del pasado—. Hay que salir antes que el techo se caiga.

Entonces, en el momento justo se escuchó un grito de dolor de Pedro desde el otro lado de la columna. También se oía algo más. El roer de aquello que lo estaba atacando.

Lo detuve.

—Ten cuidado, por favor.

Y le puse el cuchillo en las manos.

Él no lo pensó y se internó en la oscuridad y en la arena, con el arma en una mano y la linterna en la otra.

Yo esperé excitada, repasando los últimos signos de la segunda lápida. Y en ese momento, cuando me preparaba para aguardar largos segundos, percibí el sonido metálico del mecanismo que pasaba a la tercera lápida. Eric lo había hecho. Regresó a mí ensangrentado y maltrecho, pues en su breve paseo al otro lado de la sala había leído las inscripciones de las otras tres lápidas y la verdad se había abierto camino como un ariete de fuego en su interior. Comprendió todo lo que había sucedido en un instante.

Cuando lo que ocurriría a continuación se vislumbró en su conciencia, algo en él opuso resistencia y, a pesar de lo inoportuna de la reacción, cayó desmayado. Yo me arrastre hasta su lado. Alumbré con la linterna hasta ver el cuerpo de Pedro despedazado. A su lado yacía Javier con una herida de cuchillo en el pecho. Puse a Eric boca arriba. Le desabotoné el pantalón y me subí encima. Tomé su miembro y lo masajé hasta que adquirió cierta consistencia. Luego lo introduje en mi interior y comencé a moverme a un ritmo cadencioso. Abrió los ojos y me miró. No podía moverse más que en mi interior. Le saqué el cuchillo de las manos y se lo puse en la garganta. Luego lo mire a los ojos.

Creí ver en él, en ese bicho hecho de barro, el espíritu de las primeras eras; ese que alguna vez fue confundido con una llama. Era el brillo solapado de la comprensión. Un hombre muere mejor cuando lo hace sabiendo las razones. Eric había leído la primera lápida: «Lee en voz alta estas palabras». Y la segunda: «Sacrifica al cordero». Entonces había asesinado a su amigo. Y la tercera: «Dale vida al que viene». Se movía dentro de mí. Y por último la cuarta: «Otórgale tu sangre». Yo escuché el mecanismo de la tercera lápida cediendo al mismo tiempo que su semen caliente me invadía. Él casi asintió cuando lo corté con el cuchillo.

Salí de la cripta con las primeras luces de la mañana. Detrás de mí un gran estruendo anunció el derrumbe del subsuelo.

De esto hace hoy ocho meses.

He escrito esto para ti. Para que conozcas la exacta verdad. Es decir, la versión que mejor nos conviene. Por lo menos sabrás cuando lo leas, que las personas que te crían no son tus verdaderos padres. Para que tú, que ahora creces dentro de mí, reescribas esta historia cuando te abras camino al mundo a través de mis restos sanguinolentos. Para que utilices el código depurado de Esdras y que escribas otro libro. Y que lo difundas. Y que creas en él. Porque los hombres solo construyen aquello en lo que creen.



Iza - El último axiere

Por: *Gerardo Espinoza*

Iza pertenece a los axieres, último pueblo nómada de las tierras australes. Viven de la caza de pequeños mamíferos, peces e insectos. El agua dulce escasea en sus territorios y no lloverá en mucho tiempo. Con el pasar de los siglos sus marchas son más lentas y menos numerosas, el mundo cambia como siempre y a los axieres les cuesta seguir el paso.

La gente del norte ven a los axieres como gente peligrosa. Aún así se reúnen cada primavera para intercambiar extraños artefactos tecnológicos por alimentos y artículos de supervivencia. Los axieres son conocidos como descendientes de los últimos soldados de la NEUS, antigua confederación de naciones de América del Sur. Aunque pocos conozcan las historias y batallas que asolaron el continente, existe evidencia de ellas.

Las bestias de gran tamaño se extinguieron en el norte y la única carne que todavía prueban son las de ave y roedor. Se adueñaron de las alturas humedecidas de neblina donde practican una precaria agricultura. El agua brota de las piedras y cuidan sus pequeñas lagunas con violencia, es la única razón por la que matan. Su dieta casi vegetariana les impide desarrollar agresividad, no tienen una explicación racional, pero esa característica se fue repitiendo de generación en generación.

Los axieres, en cambio, son rastreadores por naturaleza, aprenden desde muy jóvenes a conseguir alimentos y recuperar tecnología de las grandes ciudades en escombros. Llevan el cabello rapado hasta superar el rito de iniciación en las tierras del oriente. Sus atuendos siempre son de pieles y cuero de perro curtido. Sus armas son forjadas con metal que encuentran en excavaciones especiales, entre ellos también hay arqueros. Las mujeres se dedican al cultivo de hongos y plantas que florecen dentro cavernas profundas, siendo estas su hogar en épocas de abundancia.

La natalidad de los axieres se ha estancado y por ello la tribu está compuesta por personas que superan los sesenta años, habiendo solo siete personas menores de cuarenta; cinco de ellos infértiles. Se tiene conocimiento de tres nacimientos en los últimos veinticuatro años. Arios,

el primero, que murió junto a su grupo de cacería mientras acechaba una presa al oeste del río seco; dicen que fue un solo perro salvaje que acabó con ellos. Elí, quien hoy cumpliría veinte años, murió por causas inexplicables e Iza el más joven.

Iza es hijo de Avner, cazador experimentado, especialista en dagas y lanzas. Avner morirá pronto. Tiene en la piel manchas de un mal irreversible y no es el único que perecerá por esa enfermedad. El más anciano dice que es obra de la radiación, pero ya nadie hace caso a sus advertencias y sin otra alternativa prefieren seguir cazando en los mismos sitios y morir lentamente. Hay días que Avner habla con Iza, el más joven de la tribu, y le cuenta sobre la NEUS, la gesta los soldados y lo que significó su antigua nación, las hazañas que lograron, los planetas que pisaron y de cómo se fueron apagando como los ojos de Avner cegados por una glaucoma congénita. Guarda silencio y con la mirada le ordena a su hijo que huya, que busque ganarse un lugar en el mundo. Los axieres se extinguen, pero él no tiene por qué verlos ni sufrir su caída. Iza entiende la situación y asiente con la cabeza rapada.

Todo cuanto pudo necesitar lo aprendió de Avner, su habilidad y conocimiento en ciencia facilitará su supervivencia. Avner le da instrucciones y pone en sus manos lo que según ellos contiene el alma de NEUS, la unión que hizo a NEUS existir tanto tiempo. Todo axier que ha vivido lo llamó Flyev y nunca se da en trueque. Un Flyev es una esfera perfecta, ligera y con una banda de cristal negro circundante. Los Fyev son drones militares capaces de almacenar información infinita. Se dice que incluso logran sostener la consciencia replicada de un ser humano.

Avner entendió su historia siendo niño y pudo verlo levitar, una noche le fue proyectado un hombre vestido de un traje macizo y glorioso, su lengua era una deformación del dialecto axier, pero se le entendía con dificultad. Aquel hombre mostraba angustia, como consciente de su encierro. Interactuó en otras ocasiones en distintas épocas y con distintos axieres, gracias a él descifraron la ciencia de los aparatos y cómo traerlos a la vida, se creía que todo el conocimiento humano era contenido en un Flyev, pero nunca hubo tiempo ni forma de obtenerlo, era luz y ya. Cada axiere que habló con él sintió la misma conmiseración, era sin duda soldado de la NEUS o más bien una copia íntegra de su consciencia.

Iza tarda poco para estar listo y se aleja de su tribu, pero nadie lo detiene. Vivirá al norte intentando encajar en una cultura que considera su raza contaminada y maldita. Su viaje dura semanas, evita territorios donde los perros salvajes reinan y son letales. Cruza el río seco y reconoce las ruinas de la última ciudad habitable y su actual asentamiento en tierras altas. Al este se encuentra Thaus, fundada en lo que parece ser un cráter y al oeste el océano. Todavía queda mucho por conocer.



El amarre

Por: *Álvaro Casalino Hildebrandt*

I

La casa estaba frente a ella, y aún así Luz dudaba. La joven revisó una vez más el papel con anotaciones que traía guardado en uno de sus bolsillos: Efectivamente, esa era la dirección correcta. Y sin embargo... ¡Qué distinto era aquel lugar con respecto a lo que ella había estado esperando!

Se trataba de una edificación sencilla, pero elegante, de aspecto bastante acogedor. Tras un brevísimo instante de duda, Luz tocó al timbre, brotando del mismo una melodía semejante al de una cajita musical.

—¿Sí? ¿Quién es? —preguntó la gentil voz de una mujer a través del intercomunicador.

—Buenas tardes —respondió Luz—. ¿Se encuentra la señora Julia Hidalgo?

—Con ella misma habla, señorita. ¿Qué es lo que desea?

—Yo... —y antes de completar la frase la joven miró a su alrededor, como asegurándose de que nadie más escuchase lo que estaba punto de decir—. Yo vengo para que me ayude a realizar un amarre...

Apenas esas palabras terminaron de ser pronunciadas, la puerta de la casa se abrió, asomándose a través de la misma una anciana de aspecto frágil que llevaba puesto un modesto vestido adornado con motivos florales. Al verla, Luz no pudo evitar pensar en su propia madre, quien había fallecido apenas un par de meses atrás.

—Pase, pase por favor—dijo la anciana, invitando a su joven visitante al interior de su vivienda, a quien hizo sentarse sobre un viejo, pero cómodo sofá.

—¿Quisieras beber algo? ¿Un tecito tal vez? —preguntó de forma amable aquella abuelita de blanca cabellera—. ¿O acaso preferirías un anís?

—La verdad es que ahora mismo no deseo beber nada, señora Hidalgo... Pero gracias igualmente por su ofrecimiento...

Fue entonces cuando hizo su aparición en la sala un hermoso gato manchado de ojos amarillos, el cual no tardó en saltar sobre las rodillas de Luz.

—¡Gato malcriado! ¡Fuera! —exclamó inmediatamente la señora Hidalgo, quien cargó en sus brazos al felino, llevándolo al jardín de la casa—. En serio que ya no sé qué hacer con ese animal, pero cuando una está vieja y sola como yo, cualquier tipo de compañía es bienvenida, ¿no te parece?

—No sabría decirle, señora Hidalgo...

—Ya, ya, que tampoco hace falta tanta formalidad, muchacha... A ver pues, dime: ¿En qué puedo servirte?

Luz sacó de su bolso una fotografía y se la extendió a la señora Hidalgo, quien rápidamente la examinó pudiendo observar en la misma a un hombre joven, vestido con un elegante traje gris y corbata. Junto a él estaba una hermosísima mujer que permanecía abrazada de su brazo, mostrándose ambos muy felices.

—Yo necesito que haga que este hombre se enamore de mí, señora Hidalgo... —indicó Luz, mostrándose repentinamente un tanto ansiosa—. Debo decirle que yo no soy muy dada a creer en brujerías, pero ahora estoy dispuesta a intentar cualquier cosa. Yo amo a este hombre más que a nada en este mundo, y no puedo permitirme a mí misma perderlo para siempre...

Era tal la emoción con la cual la muchacha pronunció esas últimas palabras, que no pudo evitar derramar unas lágrimas al momento de decirlas. Y sin embargo, la señora Hidalgo mantuvo un gesto impassible en su viejo y gentil rostro, escuchando tal declaración mientras revolvió el azúcar en su taza de anís.

—Déjame adivinar: Ese hombre está a punto de casarse con esa otra mujer, ¿verdad? Una historia como la tuya la he oído ya mil veces, niña... Tantas jovencitas, desviviéndose por el amor de unos pobres diablos que se creen la gran cosa... Aunque supongo que así de ciega y estúpida es la mentalidad de quien se deja llevar por la pasión.

—¿Usted puede ayudarme o no? —preguntó airadamente Luz, a lo que la anciana le respondió:

—Haré lo que pueda, aunque no aseguro un éxito inmediato. ¿Por lo menos podrías decirme el nombre de tu galán?

—Se llama Rubén Acosta... Y el nombre de la mujer con la que va a casarse es Ana Salgado.

—Ese detalle no importa demasiado. Ven, ayúdame a preparar la mesa en la que realizaremos nuestro amarre.

—¿Qué? ¿Acaso usted no tiene sus cosas de brujería preparadas ya?

—Hace mucho ya que no hago un amarre, niña. De hecho, tú eres la primera persona que me ha pedido ayuda para eso desde 1992. La mayoría de gente ahora prefiere ir donde uno de esos brujos farsantes que tanto abundan en estos días, que hacen toda clase de cojudeces que no sirven para nada. A decir verdad, me sorprende que hayas podido dar conmigo a estas alturas.

—Yo solo me enteré de lo que usted hacía por medio de las anotaciones hechas por mi madre... Ella falleció hace muy poco, pero yo encontré un diario suyo en donde cuenta cómo es que pasó una situación muy similar a la mía. De hecho, ella reconoce que fue gracias a usted que pudo finalmente contraer matrimonio con mi padre.

—¿Cómo se llamaba tu madre?

—Esther Salinas... Según su diario ella acudió a usted allá por el año 1962...

—Esther Salinas... Sí, creo que ya la recuerdo. Y tal parece que mi ayuda le sirvió mucho, ¿no te parece? De lo contrario, tú ni siquiera estarías aquí ahora.

Luz decidió hacer caso omiso de ese último comentario mientras ayudaba a la señora Hidalgo en la preparación del cuarto en el que debía ser realizado el amarre, hasta dejarlo sin ningún otro mueble más que un pequeño velador sobre el cual fueron dispuestas cinco velas de color negro.

—Asegúrate de que el cuarto se mantenga completamente a oscuras mientras estamos llevando a cabo el amarre. Cuando yo te ordene alguna cosa, tú deberás cumplir con esa orden de inmediato y sin hacer ninguna pregunta, ¿me has entendido?

—Sí, señora Hidalgo...

El cuarto escogido para la realización del amarre era bastante reducido, con una sola pequeña ventana que Luz se aseguró de cubrir con una extraña cortina de color rojo oscuro, semejante a un telón. Dicha cortina le había sido entregada por la propia señora Hidalgo, extrayéndola de una vieja caja de cartón guardada en un armario.

Ya sin ninguna clase de iluminación exterior, el recinto adquirió un ambiente extraño, aunque en un principio Luz juzgó que semejantes impresiones eran causadas por una autosugestión mental de su parte. Y aún así, la joven no pudo evitar sentir una leve inquietud al momento en que la señora Hidalgo encendió las seis velas negras, al tiempo que recitaba en voz baja una especie de cántico extraño, pronunciándolo a través de una serie de murmullos ininteligibles.

Inmediatamente después, la anciana le ordenó a Luz poner la foto de Rubén en el centro de la mesa, colocándola cuidadosamente en medio de las seis velas negras.

—Tu mano... —ordenó luego la señora Hidalgo con gesto impaciente—. ¡Vamos! ¡Muéstrame tu mano ahora mismo, niña!

La joven obedeció y para su sorpresa la vieja le clavó un alfiler en el dedo índice, permaneciendo indiferente ante su espantada exclamación de sorpresa.

—¿Qué está haciendo?! —gritó Luz, pero la señora Hidalgo no le respondió, sino que clavó el alfiler manchado de sangre en cada una de las cinco velas negras, volviendo a repetir el mismo cántico de antes, haciendo eco dicha salmodia en las paredes vacías de la habitación.

La joven no tardó en percatarse del repentino enfriamiento del recinto, como si una corriente de aire hubiese entrado de improviso al lugar, pese al hecho de que tanto la puerta como la única ventana del cuarto estaban completamente cerradas. Y aun así, la desagradable impresión de sentirse acechada no abandonó en ningún momento a Luz durante cada uno de los minutos restantes que duró la realización de aquel embrujo. Por unos breves segundos incluso creyó escuchar una serie de murmullos a su alrededor, pronunciados por alguna clase de presencia invisible, espantosamente cercana...

—*Hermosa... Hermosa...* —le susurró entonces una voz a los oídos de Luz, quien presa del miedo no tardó en salir corriendo de la habitación donde era llevado a cabo el amarre. La señora Hidalgo salió abruptamente de su trance, montando en cólera al momento de darse cuenta de lo sucedido:

—¡Estúpida! ¡No tienes ni la menor idea de lo que acabas de hacer! Los espíritus estaban dispuestos a favorecerte, a cumplir el deseo que tanto anhelabas... ¡Y tú los has ofendido de la peor manera posible! Pero esto no se quedará así... *Ellos vendrán por ti*, tarde o temprano.

Completamente fuera de sí, la anciana empezó a vociferar a todo pulmón:

—¡Largo de aquí! ¡Lo has echado todo a perder! ¡Ya no hay nada que se pueda hacer al respecto!

Luz se marchó a toda prisa de la casa, decidida a no volver nunca más. En su ida, ella casi se llevó de encuentro al gato de la señora Hidalgo, el cual deambulaba por el jardín en espera de que le dejasen entrar nuevamente. Y sin embargo, en cuanto la joven pasó a su lado, el felino arqueó su lomo y empezó a bufar aterrorizado como si hubiese sido capaz de advertir alguna clase de peligro invisible para los ojos humanos.

II

Esa noche, Luz no fue capaz de conciliar el sueño: Una extraña inquietud le embargaba, sintiéndose en un estado de tensión permanente desde que se había marchado de la casa de la señora Hidalgo.

Estando sola en su departamento, ella aún podía oír dentro de su mente a aquella voz terrorífica, susurrándole cosas al oído...

—Nunca debí haber ido a esa horrible casa —pensó Luz mientras permanecía inmóvil sobre su lecho, intentando sin éxito quedarse dormida—. Pero mañana será otro día, y estoy segura que pronto terminaré olvidándome de todo este asunto... Y que esto sirva para enseñarme que todas esas tonterías de amarres y brujerías no son más que una pérdida de tiempo.

En los alrededores del departamento reinaba el más absoluto de los silencios, hecho que aumentó la tensión de la joven, quien recién entonces pudo percatarse de que se encontraba completamente sola en el edificio donde vivía durante aquella noche. Sus únicos vecinos eran una familia conformada por una pareja con dos hijos pequeños que vivían en el tercer piso, y ella llevaba todo el día sin haberlos visto ni escuchado.

—Seguramente se han ido de viaje durante el fin de semana —se dijo a sí misma en voz baja, justo antes de que el timbre de su departamento empezase a sonar repentinamente, obligándola a levantarse y ver de quien se trataba.

—¿Quién es? —preguntó tímidamente Luz a través del intercomunicador. Y para su sorpresa, dicha interrogante fue respondida por una voz familiar:

—Luz, déjame pasar, por favor. Necesito hablar contigo.

Se trataba de Rubén Acosta.

Enseguida la joven abrió las puertas de su departamento, dejándole pasar. Ella quería hacerle un sinfín de preguntas, confundida por su súbita

aparición en medio de la noche, pero antes de que pudiese decir nada, él había empezado a besarle; primero en las mejillas, luego en la frente y en la boca. Los suyos eran besos apasionados, realizados de forma apresurada. Casi desesperada, podría haberse dicho.

—Te necesito, Luz... —declaró Rubén, entre beso y beso—. ¡Te necesito más que a nada en este mundo! Yo te amo, Luz... Tienes que ser mía esta misma noche.

Él la abrazó con fuerza, mucha fuerza, antes de darle un último beso, más apasionado e intenso que los anteriores. Luz ya estaba dispuesta a dar un sí como respuesta ante lo que su visitante le proponía... Más solamente bastó un fugaz parpadeo para que atestiguase horrorizada una espeluznante metamorfosis en el rostro de Rubén, el cual se volvió semejante a un descomunal abismo salpicado de afilados colmillos, los cuales no tardaron en desgarrar el cuerpo de la joven en un santiamén.

Luz ni siquiera tuvo tiempo de gritar. Apenas si alcanzó a escuchar un leve murmullo a la distancia, susurrándole las siguientes palabras mientras ella sentía como su alma era triturada en millones de pedazos que eran esparcidos a través del vacío:

—*Hermosa... Hermosa...*

III

Unos días después, una familia regresó a su departamento luego de haber pasado un alegre fin de semana fuera de la ciudad. Mientras subían las escaleras los chicos se percataron de un extraño aroma proveniente del departamento de Luz Salinas, su única vecina.

Aquel olor era tan repugnante que los recién llegados no pudieron evitar sentirse alarmados. El padre de los niños llamó a la puerta repetidas veces, pero no hubo respuesta alguna.

Cuando por fin el olor se volvió completamente insoportable, no hubo más opción que llamar a los bomberos, los cuales se encontraron con un espantoso espectáculo al momento de derribar la puerta de aquel departamento.

El cadáver de Luz yacía inerte en el suelo de la cocina. Aún a pesar del avanzado estado de descomposición que su cuerpo mostraba, todavía era posible apreciar la expresión de terror absoluto que se había quedado grabada en su rostro al momento de morir, víctima de fuerzas que estaban más allá de la comprensión humana.

IV

—Pobre muchacha... —pensaría para sí la señora Hidalgo, al momento de ver en televisión un reportaje concerniente al hallazgo del cuerpo de Luz, cuya causa de muerte seguía siendo un misterio inexplicable para los médicos forenses—. Tal como yo predije, los espíritus terminaron encontrándola. Y ellos no perdonan jamás ninguna ofensa.

Y luego de exhalar un leve suspiro de lastima, la anciana se dedicó a acariciar el lomo de su gato manchado, el cual se acurrucó sobre su regazo ronroneando mimosamente.



Un último vistazo

Por: *Edher Juárez López*

Caminaron sin descanso, a pesar de no sentir cansancio, motivados por su reciente objetivo, deseosos de verlo una última vez. Hacía casi dos semanas de su asombroso descubrimiento. El primero en observarlo fue Tortuga. Con su pesado caparazón caminaba recolectando cuanta basura vislumbraba, sus circuitos le informaban de los sucesos en las proximidades, con su vista lograba encontrar lo esencial y lo dispensable. Después de una larga mirada a su hallazgo, trajo consigo a sus inseparables compañeros.

—Miren esto —les dijo al estar todos reunidos, alrededor de aquello que encontró.

— ¿Qué es eso? —preguntó dudoso Topo.

—Es luz —respondió el gruñón Cangrejo.

—No cualquier luz, Cangrejo. Luz de sol. —anonadados ante el comentario de Tortuga, los amigos se reunieron para ver aún más de cerca la luminosidad que venía desde los cielos oscuros.

Desde hacía años que los rayos de la estrella más cercana no tocaban el suelo, un gris y nublado cielo era todo lo que los robots veían a diario. No había ningún tipo de vida alrededor, ni en las lejanías, como para que pudiera disfrutarlo. Las máquinas se quedaron estupefactas de aquel milagro. Pero prontamente, una gran nube acabo por cubrir la minúscula luminosidad.

—Bien, fin del espectáculo —dijo Cangrejo sin perturbación alguna—. De vuelta al trabajo. Hay mucho que triturar.

—Tienes razón, tengo mucho que cavar todavía —dijo Topo siguiendo a su amigo. Pero uno de ellos no se les unió. Tortuga —el que se encargaba de buscar, segregar y cargar la basura del lugar— aguardo ahí, mirando el piso, donde aquel fervor iluminó. Algo misterioso, por primera vez desde que fuera activado, ocurrió dentro de sus circuitos.

Los recuerdos lo agobiaron en aquel instante, de aquellos días donde tenía un propósito claro. Acarrear la basura del mundo donde se encontraba. Manufacturado, al igual que miles otros, creado por maquinarias igual a él. Sin un anhelo específico, pero sí con un objetivo programado. Tortuga en ese fragmento de reflexión hizo lo único que tenía prohibido, dejó de trabajar. Y con algo nuevo en la mente, aparte

de su cotidiana labor, que ahora se rehusaba a realizar, se dirigió a un nuevo destino.

Volvió semanas después, durante la noche cuando la recarga de todos se ejecutaba. Con su caparazón algo dañado y su cuerpo cubierto de polvo, se adentró a su zona de resguardo donde Topo y Cangrejo se habilitaron al sentir la presencia de su amigo.

—Tortuga —dijo Topo consternado al verlo en tal estado—, ¿qué te ha pasado?

—Algo de lo más asombroso —comentó Tortuga.

—Pareciera que te enfrentaste contra los Rinos —dijo Cangrejo, hablando de algo imposible.

—A decir verdad, así fue.

—¿Qué?! —dijeron al unisono los dos compañeros, al saber que su amigo se había enfrentado a los guardianes del suelo.

—Hay mucho que contar y más por hacer. Lo primero será recargarnos. Pues mañana tendremos que irnos lejos de aquí.

—¿Qué? ¿Cómo que alejarnos? Los Rinos debieron de haberte averiado.

—Tortuga —dijo Topo a su camarada que ya se encontraba en recarga—. No entendemos de qué hablas.

—Lo sé y les prometo que pronto lo sabrán, solo aguarden. Les contaré todo, pero la verdad ya no me quedan energías —y con esto último dicho, Tortuga entró en hibernación para una mejor recarga y dejó a sus compañeros con un sinfín de incógnitas.

Anduvieron por los desiertos que estaban despojados de cualquier tipo vida, entre las ruinas de la ya antigua civilización que alguna vez moró aquel sitio, dejando únicamente a sus máquinas eternas.

Mientras que Tortuga se encargaba de acarrear una despedaza nave, inservible a la vista, Topo era el encargado de usar sus sensores de proximidad para vigilar si los Rinos se llegasen a acercar.

—Espero que ahora nos cuentes todo, Tortuga —dijo Cangrejo sin comprender tal viaje—. Los Rinos casi nos despedazan en el centro de recarga. Buscaban a un Tortuga y a un fugitivo.

—Lo sé. No hay forma en que les agradezca lo que hicieron por mí. Me ayudaron a huir.

—Y, al parecer, tú ayudaste a alguien a escapar también.

—Lo hice para que nos auxiliara.

—¿Auxiliar para qué, Tortuga? —preguntó Topo.

—Para ver la luz del sol otra vez, Topo. Para ver la luz del sol.

—¿El sol? —recriminó Cangrejo—. ¿Por eso hacemos todo esto, por una estúpida y muy lejana estrella?

—Sí —dijo Tortuga sin dejar de andar con la pesada nave detrás.

—Tú, egoísta. No podremos regresar al centro de carga, ya nos tienen etiquetados como criminales. Los Rinos nos harán chatarra y todo para qué, para ver la estúpida luz otra vez.

—Ya basta, Cangrejo —dijo Topo alzando la voz—. Estoy seguro que Tortuga tiene sus razones.

—Sí las tiene, yo no las quiero escuchar —dijo Cangrejo alejándose.

—¡No! —gritó Tortuga—. Los necesito.

—¿Por qué?

—Porque...

—Egoísta —dijo Cangrejo, mientras veía la nave comprendiendo la razón—. Nos quieres como baterías, es por eso que nos quería recargados.

—¿Eso es cierto, Tortuga? —preguntó Topo mirando a su amigo.

—Lo es, pero no es lo único.

—Entonces dinos, si no me iré junto con Cangrejo.

—¿No lo sintieron? —comenzó a decir Tortuga después de una larga pausa—. Seguro que sí. Ver la luz tocar aquel pedazo de tierra. Fue... algo que no debía de suceder, algo que nuestra vista jamás debía ver, pero aún así lo hicimos. ¿Por qué? Quiero saber si podemos ver de nuevo eso y sentir aquella extraña sensación nuevamente.

—¿Qué sensación? —preguntó Topo.

—Como si algo dentro de mí embonara realmente, como si disfrutara hacer algo, como si algo estuviera bien al hacerlo. Fue... como si, por alguna razón, yo realmente debiera existir y no fuera creado con el propósito de obedecer algo sin preguntar.

—Tonterías —inquirió Cangrejo—. Hablas como los robots revoltosos.

—Yo iré contigo —dijo Topo sin escuchar a su amigo.

—¡¿Qué!? Oh no, no me dejarán solo. Además, no tengo a donde volver, si regreso al centro de carga los Rinos me destruirán.

—Maravilloso, mis amigos. Vengan, no falta mucho.

—Genial, ahora iremos a quien sabe dónde. Además, apuesto que ni siquiera fue la luz del sol. Seguro que fue una de esas calderas espaciales donde funden de todo.

¿Cuánto caminaron los aventureros? No lo registraron, pues su meta era aún mayor que la carga de dejar todo lo que alguna vez tuvieron. Llegaron hasta los hornos subterráneos donde el fuego se alzaba desde las profundidades del planeta y se elevaba hasta alcanzar los cielos. Entre aquel infernal calor, se vieron obligados a continuar. Dejaron la aeronave a las afueras aguardando su regreso.

Las advertencias se activaron dentro de sus cuerpos, pues el ardor dañaría irremediamente a los tres amigos si no salían rápido de ahí, y pese a la insistencia de Topo y Cangrejo de irse, Tortuga fue quién los convenció de aguantar un poco más, hasta que se detuvo y dijo:

—Llegamos.

Sin ningún tipo de advertencia una máquina salió de entre los escombros delante de los viajeros. Elevándose solo un poco. Sus alas de acero —que no se encontraban unidas a su cuerpo, sino levitando muy cerca— se abrieron y permanecieron estáticas. Un fuego azul era exhalado de su cola y tenía una cabeza diminuta en comparación con su cuerpo. No era mucho

más grande que cualquiera de los tres compañeros. Los observó durante unos segundos hasta que finalmente habló:

—No pensé que regresarías, Tortuga.

—Avispa —dijo Tortuga al robot volador—, traje lo que me pediste. Lo dejé a las afueras.

—¿Te siguieron? —preguntó Avispa.

—¿Quién es, Tortuga? —dijo Topo desconfiando de la nueva maquinaria.

—Quien nos ayudará —le respondió Tortuga a su amigo.

—¡Ayudarnos! —expresó Cangrejo dudoso—. Es un robot de guerra, no sabe sino destruir.

—¡Tal vez deba hacerlo contigo! —dijo Avispa enojada, y al momento desplegó sus armas que salieron de su espalda, elevándose por sí mismas y apuntando a Cangrejo.

—¡Avispa, no! —dijo Tortuga que se interpuso entre la guerrera y su objetivo—. Son mis amigos.

Avispa solo aguardó sin dejar de ver su blanco, pero de repente algo más llamó su atención. Se elevó lo más que pudo, rompiendo la barrera del sonido hasta lograr ver aquello que la sobresaltó. Descendió con la misma velocidad para informar de lo acontecido.

—Te siguieron y ya casi llegan —dijo la guerrera Avispa.

—Hay que ir a la nave —concluyó Tortuga.

Ninguna palabra más fue dicha. Se encaminaron lo más rápido que pudieron para así abordar y llegar hasta su destino final. Al estar dentro, los tres amigos engancharon sus circuitos a los de la aeronave y con esto le dieron vida nuevamente. Por su parte, Avispa se instaló en el tejado de la misma y al instante los motores se encendieron para comenzar el viaje. Una imagen holográfica de la guerrera voladora se presentó frente a los viajeros. Su cuerpo controlaría nave. Sus alas se extendieron aún más y su propulsor exhaló lo máximo de su capacidad.

Salieron del lugar de llamas, justo a tiempo pues los Rinos ya se acercaban con sus colosales cuerpos que levantaban el polvo mientras disparaban para detenerlos, pero no pudieron lograrlo. Se elevaron con suprema velocidad y se dejaron llevar por Avispa, quien controlaba la nave.

Justo cuando la calma los empezó a apaciguar, un comunicado entró en la nave:

—Soy la Reina Avispa —dijo por los altavoces—. Deténganse de inmediato o los destruiremos.

—¿Qué haremos? —dijo Topo.

—No lo sé —contestó Tortuga sin saber qué hacer.

—Respondan —dijo la Reina sin ningún tipo de sentimiento en su voz mecanizada.

—Era demasiado bueno para ser realidad —expresó Cangrejo hacia nadie en específico.

—Es hora de parar —le dijo Topo a Tortuga. Una extraña sensación recorrió los circuitos de Tortuga mientras notaba que las probabilidades estaban

en su contra, al saber su inevitable desenlace y la falla de su misión. Sintió algo que no podía computar, «tristeza» en palabras de los humanos.

—Tortuga —comenzó a decir Avispa, que también se comunicaba desde los parlantes—, dime algo. ¿Estás dispuesto a dejar de existir por esto?

—¿Dejar de existir? —dijo en voz alta dudoso por la pregunta hecha.

—Morir, Tortuga. ¿Morirías por tu sueño? —y aunque los segundos se hicieron eternos, con firmeza en su voz, a pesar de ser sintética, por fin el viajero respondió.

—Sí.

—Bien. Los dejaré, distraeré a las Avispas. Dejaré la nave en su máxima capacidad. Se terminará la energía más aprisa, pero lograrán llegar a las coordenadas que me dieron.

—Avispa, morirás.

—Nunca estuve viva, Tortuga. Pero si dejo de existir, prefiero que sea por alguien que sí lo está. Adiós.

No dijo nada más la guerrera aérea. Se desancló de la aeronave y emprendió el vuelo con dirección a los cientos de robots de ataque que se acercaban. Los viajeros no la vieron desaparecer en medio de los fuegos y explosiones, pero al menos les dio un poco más de tiempo.

—Lo lograremos —dijo Topo al notar que faltaba poco.

—Sí, ya casi —dijo Tortuga con un extraño furor que provenía de su pecho.

—Deténganse —dijo la Reina por los amplificadores nuevamente. Al instante, un estallido hizo que la nave se desestabilizara.

—La próxima no fallará —exclamó Topo.

—Moriremos —dijo Tortuga.

—No —comenzó a decir Cangrejo mientras se desenchufaba de su lugar—, es mi turno de ser el valiente.

—¿Qué? —dijo Topo.

—Es algo que decían los seres vivos.

—Tú también morirás —dijo Tortuga con un amargo sentir.

—Todos lo haremos —dijo Cangrejo a los viajeros—. Pero al menos lograré que cumplas tu sueño, vieja máquina de hojalata —abrió la escotilla y se preparó para salir, mientras se veía como la enorme Reina se aproximaba velozmente—. Adiós amigos —se dejó llevar por los aires y logró llegar hasta su blanco, para autodestruirse y llevarse a la Reina consigo.

Pero de entre las llamas, un último disparo la reina proyectó. No logró dar en el blanco, pero sí estalló muy cerca. Las máquinas recibieron el daño al igual que la nave. Las alarmas se activaron, titilantes de advertencia por lo acontecido. Topo había perdido medio cuerpo y Tortuga la mitad de su rostro como resultado del ataque. No podían hacer mucho en su estado actual.

—Peligro —dijo la aeronave desde sus bocinas—. Daño irreparable. Descompresión. Pérdida del motor. Peligro.

—No lo lograremos —dijo Tortuga, con voz entrecortada por el daño.

—No tenemos otra opción —dijo Topo, que se acercaba hacia su amigo, caminando con las patas mecánicas que le sobraban.

—¿Topo? —preguntó dudoso Tortuga, que giraba la cabeza de lado a lado.

—Aquí —contestó Topo al notar que su amigo no veía más.

—Peligro —siguió emitiendo el transporte—. Colapso eminente de todos los sistemas. ¿Qué desea hacer?

—Procede hacia las coordenadas, no importa el peligro ni los daños —dijo firmemente Topo.

—Me quedé sin visión —dijo Tortuga, con un raro ardor en sus circuitos de habla y con dolor en su pecho.

—No te preocupes, volverá. Tu sistema se está formateando, dale unos segundos —Topo no supo con exactitud cuál fue la razón de no confesar la realidad a su amigo, nunca lo supo.

El viaje, aunque corto en distancia, pareció durar horas con la nave tambaleante, con explosiones dentro y fuera. Hubo una ocasión en que el motor se apagó y cayeron sin ningún tipo de freno. Pero se volvió a encender y pudieron continuar.

En la fría noche salieron con el opaco planeta debajo de ellos, rodeados de nubes con relámpagos con el fuego exhalante de las calderas del subsuelo.

El mapa holográfico se desplegó y mostró que estaban ya en su destino. Después de unos pocos segundos la aeronave cesó cualquier actividad. Primero, las luces se apagaron y después siguió el motor, esta vez no se volvió a encender otra vez. Estáticos en la inmensidad del espacio.

—Llegamos, ¿cierto? —proclamó Tortuga. Pero Topo no quería contestar ante la siniestra verdad.

Una temible oscuridad se hallaba afuera. Ni una sola estrella alumbraba el cielo. Y no había señales de aquel sol que los registros tenían señalado. No hubo fallos en los cálculos, era la hora precisa y las coordenadas exactas. Lo único que quedaba era el planeta y nada más.

Los sensores de Topo le notificaron que los enemigos se aproximaban. Más avispas, con decenas de reinas y cientos de guerreros.

Fue ahí que una luz salió y los alumbró. Era... era... una simple caldera espacial. Hecha para consumir los desechos. Topo miró detrás de esta haciendo zoom y vislumbró más de aquellas máquinas incandescentes. Algunas ardían tanto que emanaban destellos de luz, unos pocos alumbraban al planeta y solo uno alcanzó a pasar las densas nubes. Topo no sabía qué decir ni explicar a su compañero. Pero por una singular razón decidió decir lo siguiente:

—Lo veo, Tortuga, lo veo.

—¿De verdad? —dijo Tortuga, con una imposible reparación—. ¿Lo ves? ¿Cómo es? Dímelo, por favor.

—¿Decírtelo? —dijo sorprendido Topo, que simplemente veía la oscuridad y las calderas del lugar—. Si tú también las puedes ver.

—¿Puedo?

—Sí, tu sistema se formateó ya. Tu vista regresó.

—Es cierto, es cierto —manifestó Tortuga con su renovada energía—, ya veo de nuevo.

—Lo ves, ¿cierto?

—Lo veo, Topo. Lo veo al fin. Veo lo que los registros dicen. Y es aún más hermoso de lo que imaginé.

—Es verdad, amigo, es verdad.

Topo giró la mirada para ver que sus enemigos ya preparaban su ataque. Uno del que no podrían escapar.

—No quites la mirada del sol —dijo Topo, aunque conocía a la perfección la condición de su camarada—. Pronto estaremos ahí.

—¿De verdad? ¿Cómo? Ya no tenemos energía.

—No te preocupes. Llegaremos y veremos a Avispa y a Cangrejo otra vez.

—Sí, los veremos.



El crujido de una rama de árbol

Por: *Marco Antonio Marcos*

Llevaba dos semanas sin mirar el buzón. Me encontraba de vacaciones y las estaba empleando en salir por ahí con los amigos de la mañana a la noche, bebiendo, fumando y convirtiendo mi existencia en una juega continua. Lo curioso era que yo, hasta el mes pasado, había sido un tipo tímido y poco dado a estas expansiones. Aunque era verdad que me las había arreglado para mantener un círculo de amigos más o menos estable. Pero de pronto, sin saber por qué, mi cerebro hizo clic y comencé a comportarme como una persona completamente distinta.

La vida no consiste en pasársela sentado en una silla durante horas interminables. Sin ninguna razón aparente, me encontré un día abominando de los libracos que había leído hasta entonces, y que se apelmazaban en estanterías kilométricas y en columnas tambaleantes que llegaban hasta el techo. Era verdad que mi rechazo, hasta el presente, no había llegado hasta el punto de querer venderlos o regalarlos. A fin de cuentas, las estanterías de libros constituyen también un eficaz aislamiento térmico de las paredes cuando llega el invierno.

Desaseado y sin afeitar, me encontraba bebiéndome mi primer vaso de vodka de la mañana cuando sonó el teléfono. Eran buenas noticias: mi tío Severo acababa de estirar la pata. La voz compungida que se encontraba al otro lado del hilo telefónico pertenecía a su viuda, mi tía Ágata. De fondo, podía escucharse una especie de murmullo respetuoso, una multitud de voces que seguramente comentaban sandeces y lugares comunes sobre el sentido de la existencia y su duración efímera. Puesto que mis parientes en el mundo habían quedado reducidos a una sola persona —la vieja urraca de mi tía—, había que deducir que aquellas

voces debían pertenecer a los conocidos y amigos de mi difunto tío, gente con la que había mantenido relaciones comerciales o emprendido algún negocio, tipos con los que se había ido de putas o compañeros de sus partidas habituales de mus. La muerte de mi tío Severo no podía haber llegado en mejor momento, porque abandonados mis hábitos de lectura o, por lo menos arrinconados temporalmente, me pasaba el día en la calle y ya andaba corto de pasta. De guita, vamos. Curioso, yo antes no me expresaba así.

Mi tío y yo nunca nos habíamos llevado muy bien. Era un ser despreciable, violento e irascible. Habiendo fallecido mis padres prematuramente en un desgraciado accidente de tráfico, me vi obligado a vivir en su casa y a soportar su mal carácter, sus continuos desplantes y malos modos, que se volvían particularmente crueles cada vez que cogía una curda. Recordaba con espanto como su figura, de casi dos metros de estatura, se alzaba frente a mí como un monolito viviente, ominoso y siniestro. Yo procuraba huir de mi desgraciada existencia hacia el mundo onírico que encontraba entre las páginas de los libros de cuentos de hadas que solía leer en aquella época. En esas historias, los ogros y los orcos que encontré se me aparecían siempre con la cara de mi tío Severo.

Con su muerte, lo que nos hubiera dejado nos lo repartiríamos ahora tía Ágata y yo a partes iguales. Era de suponer que a mi tía no le quedaría mucho tiempo para espichar, pero yo tampoco tenía prisa porque llegara ese momento. A fin de cuentas, con lo que me tocara de la herencia de mi roñoso tío tendría más que suficiente para vivir durante bastante tiempo sin dar golpe. Me duché, me afeité, vertí unas gotas de mi loción favorita sobre mi torso y mi cuello, me vestí con un traje sobrio y pasado de moda, y me anudé una corbata negra en torno al gazarate. Por último, saqué un espejito del bolsillo y formé una rayita de polvo blanco con una de las tarjetas de plástico cuyo crédito estaba a punto de agotarse. Esnifé con fruición y finalmente salí del piso, silbando un *jingle*.

Al llegar al rellano me fijé en que la correspondencia se amontonaba en mi buzón. Arrojé a la papelería los folletos publicitarios y revisé los sobres de color blanco. De pronto, encontré uno que examiné con inquietud. Reconocí la letra cursiva y cursi de mi tío Severo. Me guardé las facturas, doblándolas, en un bolsillo de la chaqueta y rasgué el sobre que contenía la misiva de mi tío con el ánimo en suspenso. Me dirigí como un autómatas hacia el autobús de línea mientras comenzaba a leer las cuartillas. Mis tíos y yo vivíamos cerca, a cuatro o cinco paradas de distancia. Subí en el transporte público con el rostro oculto por los pliegos de papel pautado; pagué al conductor, busqué un asiento al fondo del vehículo y me senté. El autobús arrancó con su brusquedad habitual y yo comencé a leer la carta de mi tío.

«T..., a 19 de octubre de 19...

»Estimado sobrino:

»Supongo que te sorprenderá recibir una carta mía, cosa que no había tenido nunca antes necesidad de hacer. Pero resulta que llevo un mes llamándote por teléfono y nunca lo coges, e incluso he tocado varias veces el timbre de tu puerta y jamás te encuentro en casa. ¿Es que te has ido de vacaciones o qué? Debo recordarte que el único pariente cercano que nos queda, a tu tía y a mí, eres precisamente tú. Somos muy mayores y nos puede suceder algo en

cualquier momento, y eres el único familiar al que podemos volver la cara. Si quieres llegar a heredarme, deberás mantenerte localizable hasta que llegue el día de mi muerte».

Me retrepé incómodo en el asiento del autobús, carraspeé y continué leyendo.

«Bueno, dejemos eso. Es verdad que nuestra relación mutua no ha sido siempre cordial desde el momento en que tus padres faltaron y tuvimos que quedarnos al cargo de tu educación. Reconozco también que he sido siempre un pecador y que en muchas ocasiones os he hecho sufrir a Ágata y a ti con mis constantes borracheras y mi vida de disipación. Y ahora me toca pagar... No obstante, tú eres un buen muchacho; lo supe siempre, viéndote estudiar tus libros, tan callado, en un rincón del cuarto de estar. Y por tanto, es a ti a quien apelo en esta hora de desolación. Enseguida lo entenderás todo, si sigues leyendo la carta».

Le di la vuelta a la carilla de aquel papel garrapateado por la diestra de mi tío, en cuyos trazos débiles e irregulares se apreciaba la decadencia de la senectud. «La cosa se pone interesante», pensé. Tras un brusco frenazo, el autobús se detuvo en una parada y las puertas del vehículo se abrieron con el siseo del gas comprimido. Entraron y salieron varios viajeros del transporte público ensimismados en sus conversaciones sobre las cuestiones banales de la vida diaria y yo continué descifrando la caligrafía apresurada y retorcida de mi pariente.

«Todos estos años de existencia disoluta no pueden transcurrir, como te digo, sin una debida retribución. Hace tres semanas iba paseando por el parque y, de pronto, me quedé paralizado y caí al suelo. No podía moverme ni hablar; era una situación de lo más extraña. Sin embargo, mantenía los ojos abiertos y podía ver lo que me sucedía. Los peatones pasaban por mi lado y algunos se quedaban observándome con algún sobresalto, probablemente sospechando que estaba muerto; aunque lo cierto es que la mayoría desfilaba por mi lado sin siquiera dirigirme una mirada de curiosidad. Es descorazonador darse cuenta de lo poco que le importa uno al resto de la gente. No obstante, después de permanecer tirado en la calle durante algún tiempo, que probablemente fuera una hora o así pero que a mí se me antojó una inmensidad inconmensurable y eterna, un par de forzudos vestidos de marinero, que probablemente pertenecerían a la dotación de algún barco y que estarían de permiso dando una vuelta por la ciudad, me agarraron por los hombros y me arrastraron hasta un banco, donde pude recuperarme de lo que yo tomé entonces por un simple jamacuco, recuperando el habla y el control de mis movimientos. Agradecí con grandes aspavientos la bonhomía de aquellos dos caballeros. Sin darle más importancia al asunto, no quise confesárselo en aquel momento a tía Ágata para no preocuparla.

»Pero tan solo unos días después se repitió el angustioso episodio. Esta vez me pilló en el ascensor de la casa de un amigo a la que había acudido para nuestra partida semanal de chinchón. Había pulsado el botón para subir cuando, de pronto, sentí aquella misma rigidez que me había asaltado en la calle; perdí de nuevo el control de mis movimientos y me quedé tan rígido como un árbol. Caí sobre la botonera del ascensor, pulsando inadvertidamente varios de

ellos. Me derrumbé al suelo mientras efectuaba una involuntaria excursión por las distintas plantas del edificio, que veía deslizarse hacia arriba y hacia abajo a través de la ranura de cristal esmerilado que ocupaba el centro de la puerta del ascensor. Por fin, un vecino me encontró en el suelo de la cabina hecho un gurrúño y me sacó de allí. Me hizo tragar un buche de coñac de una petaca que llevaba en el bolsillo, justo cuando ya empezaba a reaccionar. En esta ocasión, el episodio de parálisis había durado un par de horas, tal vez algo más; la mayoría de los habitantes del edificio hacía rato que habían marchado a sus trabajos, por lo que esta vez tardé todo ese tiempo en ser descubierto. Aquello era preocupante, así que esta vez le confesé a tu tía Ágata lo que me había sucedido. Sin embargo, fue inútil; a los cinco minutos esa cabeza de chorlito lo había olvidado todo. Y es que yo creo que tu querida tía está comenzando a manifestar los síntomas de la demencia senil. Hemos vivido ya demasiado. Modernamente los médicos han logrado alargar la existencia humana, pero solo para convertirla, durante los últimos días, en una broma macabra...

»En fin. La tercera vez en que caí en aquel estado de parálisis fue aún más prolongada, lo que hace sospechar que el mal que anida en mi organismo va haciéndose más fuerte. Sucedió cuando viajaba en el autobús; iba, precisamente, a una feria de anticuarios que se celebraba en las afueras. Para colmo, yo llevaba encima una importante cantidad de dinero, puesto que algunos de mis colegas de profesión son algo oscuros en sus manejos y prefieren hacer alguna venta que otra sin que quede apunte bancario alguno como testimonio de la operación. De pronto, me sobrevino el ataque, quedándome rígido como un madero sobre el asiento que ocupaba; y, sin disponer de ningún dominio sobre mis músculos, al primer frenazo que dio el conductor fui a parar bruscamente al suelo. Pese a la violencia del chocazo choque y el frufrú que hacía la tela de mi abrigo de barragán cada vez que me movía, nadie se aproximó para auxiliarme; y allí quedé tendido en el suelo del vehículo, experimentando nuevamente la desoladora situación de desamparo en la que puede encontrarse cualquiera que caiga al suelo en un espacio público. Desde donde estaba, mis ojos solo podían ver parte del techo metálico del transporte y los asientos circundantes. Los pocos viajeros que había en el autobús me habían dirigido miradas de soslayo, para volver instantáneamente a ensimismarse en sus propios asuntos o en la lectura de los horrores cotidianos que aparecían impresos en los rotativos, sin hacer el menor esfuerzo por alertar al chófer del autobús; que, por su parte, seguía conduciendo sin darse cuenta de lo que acababa de ocurrir a sus espaldas. Sin embargo, no hay situación mala que no sea susceptible de empeorar, según la ley de Murphy. Y es que, en la siguiente parada, se subió al vehículo un grupo de esos jóvenes pandilleros que pululan por cualquier ciudad sembrando el miedo a su alrededor, y que lo único que saben hacer bien es fintar con sus navajas».

Sonreí mientras colocaba ante mis ojos la siguiente cuartilla de la carta de mi tío. Aquello se ponía interesante.

«Naturalmente, cuando aquellos jóvenes pagaron su billete y dieron unos pasos hacia el fondo del autobús me vieron y formaron corro a mi alrededor. El resto de los pasajeros decidió, una vez más, ignorar lo que sucedía. Mi rostro, paralizado por el ataque, era incapaz de contraerse para reflejar el

miedo que me provocaban aquellos muchachos. Al principio, se contentaron con quedarse alrededor de mí, riéndose y señalándome.

»—Se ha muerto el vejete.

»—Adiós, problemas.

»—Se parecía a Franco, el hijo de puta.

»Las risas y los comentarios fueron volviéndose estentóreos, ante la impasibilidad de los que viajaban en el autobús que, de hecho, se bajaron todos a la bulla en la siguiente parada. El transporte arrancó de nuevo y nos quedamos solos, los muchachos y yo, porque el chófer seguía sin querer darse por enterado de lo que estaba sucediendo a sus espaldas. Resultaba imposible que no me hubiera visto ya, por absorto que se encontrase en el tráfico urbano, pues disponía de varios espejos que le permitían ver el interior de la cabina del vehículo.

»Viéndose libres de injerencias ajenas, los jóvenes comenzaron a propinarme patadas cada vez más fuertes. De vez en cuando, hacían gárgaras y me lanzaban un escupitajo.

»—¿Está muerto o no? —decía uno.

»—Yo creo que sí —respondía el otro, añadiendo—: A mi viejo también le dio un yuyu y se quedó igual que este; frito de un día para otro.

»El más certero de los gargajos me impactó en la frente y pude notar el desplazamiento viscoso y lento de la flema por un lado de mi cara, resbalando hasta el suelo... Ya sabes, sobrino, que aunque creo en Dios nunca he sido muy practicante que digamos. A lo largo de mi vida solo he pisado las iglesias para asistir a los funerales de los demás, como dolorosa obligación. El caso es que, acordándome de Nuestro Señor Jesús, recordé también aquella consabida fórmula sobre su calvario: “la primera en la frente”.

»Por fin, el que parecía ser el líder del grupo, un zagal más corpulento que los demás, se inclinó hacia mí y cerró los dedos de su mano derecha, como un cepo, sobre una de mis muñecas. Ante mis ojos apareció un primer plano del rostro del muchacho: un pendiente le atravesaba la nariz como si perteneciese a una tribu africana, los labios se le curvaban en una sonrisa sardónica que dejaba al descubierto unos dientes cariados y negruzcos, tenía una hoz y un martillo de color rojo, tatuados sobre el pómulo izquierdo, y una esvástica azulada en el derecho. Aún más espantosa resultaba su mirada: los ojos, espantosamente fijos en los míos, parecían querer arrancarme el alma; era como si, a pesar de lo que le indicaba mi muñeca, en la que no parecía perceptible el bombeo del corazón, aún sospechase que yo todavía me encontraba allí. Por fin, se volvió hacia sus compañeros y dijo:

»—Está muerto.

»Entonces comenzó a registrar mi abrigo, hallando en unos pocos segundos lo que buscaba: mi cartera. La abrió brevemente y el contenido hizo que sus ojos, que eran los de un lobo a punto de devorar a una presa, relampaguearan de contento.

»—Estaba forrado el cabrón —explicó.

»—Nos tomaremos unas birras a su costa —dijo otro.

»Con gran alivio, después de propinarme en el costado un par de patadas más, se bajaron en la siguiente parada. Se habían llevado mi dinero, pero, al menos, habían desaparecido de mi vista. ¿Y si, creyéndome muerto, se les hubiera ocurrido pincharme con sus navajas...? Bueno, supongo que tampoco harían algo así. La ciudad está llena de cámaras de video vigilándolo todo, benditas sean, y eso es algo que hoy en día sabe hasta el joven más lerdito. El chófer completó su circuito sin que nadie volviera a subirse al autobús, por desgracia o por fortuna. Y al tratarse de su último turno, condujo hasta las cocheras, aparcó en un solar entre un montón de vehículos similares, apagó el motor y se apeó, silbando una tonadilla. Verdaderamente, parecía no haberse dado cuenta de que yo seguía allí tirado, en el suelo de su autobús; o quizá, para evitarse complicaciones con la policía, y deseando irse a su casa a descansar de la agotadora jornada laboral, había preferido no darse por enterado de nada y dejar que el próximo compañero al que le tocase conducir aquel vehículo cargara con el mochuelo.

»Así que allí me quedé, con la vista horriblemente fija en el techo herrumbroso del vehículo, durante un tiempo que se me antojó interminable. Sin poder echarle un vistazo al reloj, era imposible saber cuánto tiempo estaba transcurriendo. No obstante, llegó un momento en que el interior del autobús comenzó a oscurecerse. Las sombras se extendían alrededor de mí y por fin recobré el control de mis movimientos hacia el final de la tarde. Salí de la cochera tambaleándome como si estuviera borracho. Me dolía todo el cuerpo, que tenía lleno de moratones donde aquellos salvajes me habían propinado un puntapié. Enfilé la dirección de regreso a casa y aún tuve suerte de que nadie, al verme allí, me acusara de que había entrado a robar o a cometer destrozos».

Me eché a reír leyendo las cuitas de mi desgraciado tío. Sin embargo, me esperaba una sorpresa. El autobús volvió a detenerse en otra parada; una mujer de mediana edad y su hijo se subieron a la plataforma del vehículo. El niño llevaba una camiseta de color azul, con una S roja en el pecho. Di la vuelta a la cuartilla.

«Como podrás imaginarte, al día siguiente fui a la consulta de mi médico de cabecera para que me efectuase un chequeo y averiguase qué me estaba sucediendo. La cosa estaba clara: sufría de catalepsia».

Parpadé y leí aquella frase hasta tres veces. El corazón me dio un vuelco. Si mi tío sufría de catalepsia eso significaba que era posible que, en aquellos momentos, no estuviera verdaderamente muerto. Tía Ágata no había aclarado las circunstancias de su fallecimiento. Durante unos segundos estuve a punto de comerme los pliegos de papel que tenía delante de mí de pura rabia. Aquello daba al traste con mis ilusiones de heredar inmediatamente un buen pellizco con el que ir tirando durante bastante tiempo, si es que mi tío no hubiera palmado y se encontrase en estado cataléptico. Una chica bastante guapa, con lentes y cargada de libros, apretó uno de los botones que servían para solicitarle al conductor que se detuviese en la siguiente parada. El autobús interrumpió su marcha unos momentos después, la chica se bajó y enseguida el vehículo volvió a ponerse en movimiento con un brusco acelerón.

«He abusado durante demasiado tiempo del alcohol y de las drogas, y esta es la consecuencia. Mi cerebro tiene ahora algún daño neurológico que hace que me asalten estos episodios de parálisis cada vez con mayor frecuencia. Y con ellos, me acomete el miedo a ser enterrado vivo. Tú seguramente dirías que en nuestro moderno siglo XX estas cosas ya no suceden, pero te equivocas. Yo he estudiado la cuestión por la cuenta que me trae, y te sorprendería saber la cantidad de gente que aún hoy entierran por equivocación y que luego se sabe lo que verdaderamente les pasaba cuándo ya es demasiado tarde. En la actualidad todo se hace deprisa, a la bulla, y de vez en cuando se cometen errores de bulto. Ya he experimentado tres de estos ataques paralizantes y sé perfectamente lo mal que se pasa hasta que consigue uno recuperar de nuevo el dominio del cuerpo. Hay noches en las que no consigo pegar ojo, cuando pienso en la posibilidad de que finalmente me quede dormido y vuelva a despertarme dentro de un ataúd. Por ello, te escribo esta carta, sobrino, para que te mantengas vigilante e impidas que ocurra algo así.

»Confío en ti; si te llegase la noticia de que he muerto, acude y asegúrate de que no esté pasando por uno de estos estados de suspensión nerviosa. Sé que a lo largo de mi vida no me he portado bien contigo ni te he dado nunca muestras de cariño alguno, por lo que merezco tu desprecio. No obstante, apelo a tu capacidad de compasión ante la desgracia de un semejante, de cualquier semejante. No permitas que sufra lo que para mí, o para cualquiera, supondría la más horrible de las muertes: el enterramiento en vida. Como ya te he dicho, no puedo confiar en Ágata para esto. Ha perdido la cabeza; el otro día me encontré un zapato metido en la nevera. Cuando le interrogué sobre el particular, negó haberlo hecho.

»—Lo habrás metido tú ahí —me respondió, quedándose tan fresca.

»Y ayer estubo a punto de prenderle fuego a la casa, tratando de freír un jersey. Cuando yo muera, tu tía Ágata y tú heredaréis la tienda de antigüedades con todo lo que hay dentro y una bonita suma que tengo en la cuenta del banco. Y en el caso de que Ágata falte antes que yo, tú quedarías entonces como heredero universal. Lo único que te pido es que te portes bien y me hagas este último favor. No puedes ni imaginarte el horror que me provoca la posibilidad de que me metan vivo en un ataúd, sobrino. Ten piedad de mí».

Así concluía la carta. Llegó el momento de bajarse del autobús; pensativo, doblé la carta y me la guardé en el bolsillo. Agarrándome a una de las barras metálicas de la plataforma del vehículo para no caerme, salté al pavimento y enfilé la dirección de la casa de mis tíos. Se trataba de una mansión de dos pisos, a poca distancia de la parada del autobús y de la boca del metro más cercana, y se hallaba encajonada entre dos grandes bloques de oficinas. Les habían ofrecido una pasta gansa por la propiedad, pero el roñoso de mi tío Severo siempre se negó a venderla. Si había suerte, pronto lo haría yo.

Hasta que no entrara en la casa y comprobase cómo estaba la situación, veía diversas posibilidades. La mejor de ellas y la menos probable, era que mi tío estuviese realmente muerto. Otra, seguramente la que habría tenido lugar, sería la de que mi tío hubiese sufrido uno de aquellos ataques y hubiera sido descubierto por mi tía Ágata, creyéndole muerto de verdad. Aunque él,

según su carta, le había explicado lo de su enfermedad a mi tía, al parecer ella lo había olvidado por completo enseguida. De modo que el único que sabía lo de la catalepsia de mi tío era su propio médico de cabecera. Y ahora yo también conocía el asunto; aunque era verdad que lo único que probaba que yo estuviera al tanto de la dolencia que sufría mi pariente, era la carta que guardaba en el bolsillo. Pero quizá era aún pronto para pensar en las investigaciones que emprendería la policía, sin tener una idea clara de lo que iba yo a hacer o incluso de si podría hacer algo.

Llegué a la calle en la que se encontraba la casa de mis tíos. Sobre la puerta de caoba de la entrada reposaba ahora un crespón negro. Seguramente habría sido a mi tía Ágata a quien se le habría ocurrido colocar allí aquel floripondio. Volví a preguntarme qué podría hacer para librarme definitivamente de mi tío si realmente hubiera sufrido uno de aquellos ataques de catalepsia. Según contaba en su misiva, ninguno de tales episodios le había durado más de unas pocas horas, y por estos pagos era costumbre velar al muerto durante un día entero antes de enterrarlo o incinerarlo. Tampoco sabía cuánto tiempo habría pasado ya desde que mi tía Ágata lo hubiera encontrado, por lo que si solo se hallaba en animación suspendida y no muerto del todo, podría estar a punto de despertarse y yo tendría que seguir esperando durante un tiempo imposible de determinar, pero en cualquier caso interminable, el momento en que heredaría la pasta.

Alcé y dejé caer el aldabón dorado de la puerta, casi oculto por el crespón funerario, y el taque resonó pesadamente sobre la madera de caoba. Me abrió uno de los amigotes de mi tío, precisamente uno de los que jugaba al chinchón con él una vez por semana. El salón de la casa se encontraba en penumbra, débilmente iluminado por el fuego chisporroteante de la chimenea y por el resplandor grisáceo que se colaba a través de los visillos de las ventanas. Reconocí a otros antiguos amigos de mi tío Severo, sentados en las sillas o en los sofás o moviéndose fantasmalmente entre las lámparas y los muebles. La casa estaba llena de gente, supuestamente condoliéndose por su muerte. Sería todo un espectáculo si a mi tío le daba, de pronto, por «resucitar». Me acerqué al hogar, tiritando de frío y proyectando las manos hacia las doradas llamas que lamían lánguidamente lo que quedaba de una pila de troncos. Tuve que desplazar hacia un lado a un individuo que agitaba continuamente un par de dados en sus puños, para poder situarme enfrente de la chimenea. Intercambié un guiño o un cabeceo con un par de tipos que caldeaban sus estómagos con el coñac de mi tío, bebiéndoselo en copas de balón. Hacían girar el líquido ambarino dándole inacabables vueltas a sus copas. Aunque reconocí a la mayoría de los circunstantes, había alguna que otra cara que, si mi tío llegaba a levantar la cabeza de nuevo, preguntaría algo así como «quién es este hijo de puta». Siempre había sido un encanto, mi tío.

Me condujeron al dormitorio, donde pude ver el ataúd en el que ahora reposaba mi tío Severo: un féretro construido en madera de ocume bien barnizada. La caja se encontraba suspendida sobre unas patas de metal, de forma que la superficie del fondo guardaba cuarenta y cinco grados con respecto a la horizontal. Mi tío reposaba con el rostro céreo; sus brazos aparecían

tranquilamente cruzados sobre el pecho, tal y como los habrían colocado los empleados del servicio de pompas fúnebres. Me fijé en que la mandíbula de mi tío aparecía sujeta a la parte superior de la cabeza con una coqueta cinta negra, para que no se le desencajase. Un lazo anudaba disimuladamente la cinta sobre el cuero cabelludo. Mantenía los ojos cerrados; alguien se habría ocupado, en su caso, de bajarle los párpados por última vez. Hay algo terrible en la mirada fija de los muertos que resulta imposible de soportar.

La cabeza de Severo aparecía algo ladeada, lo que indicaba que el ataúd resultaba demasiado pequeño para cobijar en su seno la enorme corpulencia de mi pariente. Mi tío estaba rígido como un palo y me pregunté cómo pensarían arreglárselas los empleados de la funeraria para acabar de meterle en el ataúd y cerrarlo, teniendo en cuenta que la cabeza sobresalía varios centímetros por encima del filo de madera de la caja. Alguien debía haberse equivocado tomándole las medidas a mi tío o al féretro; una de dos. Pensando en ello, me dieron ganas de echarme a reír a carcajadas. Es lo que tienen los funerales, que me ponen algo nervioso. Todo el mundo debe mantenerse serio, con cara de circunstancias, y en tales ocasiones siempre me sobreviene la tentación de hacer algo inesperado, algo que no encaje en absoluto con lo que todo el mundo está haciendo, que es simular pena por la marcha del finado. A duras penas suelo lograr contenerme, pues si rompiera a reír en medio de un velatorio todo el mundo pensaría que no me encuentro en mis cabales.

Al verme, mi tía Ágata, que estaba charlando con algunas vecinas en voz lo suficientemente baja, como para que no pudiera oír lo que les estaba contando a algunas vecinas de los inmuebles contiguos, se levantó y me salió al encuentro. Tenía los ojos llorosos y el rímel corrido, pese a la vida amarga que el putero de mi tío le había proporcionado. En un rincón alejado de la estancia, medio oculto entre las sombras, había un tipo con chaqueta oscura, corbata negra y seriedad sepulcral. La postura del cuerpo y el rictus grave del rostro me indicaron que se trataba de uno de los empleados de la funeraria. El tipo se me quedó mirando, mientras yo tomaba nota de soslayo de su cabeza casi calva, cubierta de un cuero cabelludo ralo y rubio. Tenía la frente brillante por el sudor, que precisamente en aquel momento secó con un pañuelo. El rectángulo blanco apareció y se esfumó entre sus manos en un abrir y cerrar de ojos, en un gesto nervioso y tenso. El individuo, que debería estar más que acostumbrado a aquel género de sucesos, parecía sin embargo nervioso por algo. Supuse que la razón sería, efectivamente, el hecho de que alguien se hubiera equivocado midiendo las dimensiones del ataúd y que, en consecuencia, se vería obligado a responsabilizarse de aquel error, lo que resultaría oneroso para la empresa porque la madera de ocume se importa de Guinea Ecuatorial y es bastante cara.

Me fundí con mi tía en un abrazo afectuoso y enseguida le pregunté:

—¿Cómo ha sucedido, tía Ágata? —señalé el ataúd con un cabeceo rápido. La mirada de mi pobre tía parecía confusa, y no solo por el luctuoso momento; comenzó a hablarme titubeando o expresándose con dificultad. En cuanto pronunció un par de frases, comprendí que todo lo que había dicho mi tío acerca de que el Alzheimer estaba haciendo estragos en ella era cierto.

—Lo... lo encontré en el cuarto de baño... Y ya no se movía... El médico dice que ha sido fulminante... Supongo que... supongo que quizás no llegó ni siquiera a darse cuenta... de lo que le pasaba. El médico dice que no sufrió.

Le dediqué unas cuantas palabras consoladoras a mi tía, recurriendo a las típicas fórmulas ya de sobra conocidas que se suelen emplear como muletillas o comodines en tales ocasiones, y tomándola del brazo la acompañé hasta la silla en la que había estado sentada hasta el momento de mi llegada. Saludé en tono bajo a las vecinas ahogando, como pude, un nuevo acceso de risa. Tenía que serenarme y comprobar que, efectivamente, mi tío estaba muerto tal y como lo aseguraba el médico.

Me coloqué junto al ataúd y contemplé el rostro cerúleo de mi tío Severo, aparentando un aire cariacontecido. Me incliné sobre él y saqué disimuladamente de un bolsillo el espejito que solía emplear para formar las rayas de coca. Lo dispuse junto a la boca y la nariz de mi tío, procurando que nadie me viera hacerlo. Esperé unos segundos y lo retiré. *Et voilà!* Allí estaba la prueba: la superficie del espejito se había empañado. Mi tío, como había sospechado, no estaba realmente muerto. ¡Malditos matasanos! No había uno que supiera hacer bien su trabajo. Me pregunté qué clase de mamarracho habría firmado su certificado de defunción. Rápidamente, me guardé el rectángulo plateado en el bolsillo. Mi tío podría recuperarse de su ataque en cualquier momento, probablemente dándole un susto espantoso a mi tía y frustrando mis planes de pillar la herencia. Ahora era yo la única persona del mundo que sabía que mi tío seguía con vida... En esos negros pensamientos andaba absorto, cuando el empleado de la funeraria se me acercó, con aire compungido. Volví a contemplar la cabeza de mi pariente, que aparecía ladeada hacia la derecha en un vano intento para hacer que encajara en el interior del féretro y tuve, de pronto, una intuición sorprendente. ¡Comprendí, antes de que hablase, por qué el empleado de la funeraria se estaba acercando a mí y estuve a punto de reírme a carcajadas!

—¿Es usted el sobrino del finado, caballero...? —entonó el empleado, contrito y con aire respetuoso.

—¡Pues sí! ¿Y usted, trabaja para la funeraria que ha dispuesto el cuerpo de mi tío de esa forma? —pregunté yo a mi vez, señalando la cabeza torcida de mi pariente y aparentando estar escandalizado por el servicio que su empresa nos estaba proporcionando. No obstante, hablé lo suficientemente bajo como para que tía Ágata no se inquietase o prestase atención al desarrollo de la conversación que estábamos manteniendo aquel hombre y yo.

—Sí, verá usted... En primer lugar, quería pedirle disculpas, caballero... Alguien ha cometido un lamentable error midiendo la estatura de su señor tío o encargando este ataúd.

—Eso ya lo veo —convine, sin perder de vista el rostro de mi tío Severo, por si apreciaba en él algún movimiento reflejo que denotase que estuviera a punto de reincorporarse al mundo de los vivos. En ese momento, comprendí otra cosa, y no pude evitar un escalofrío: seguramente el «muerto» estaría escuchando nuestra conversación, puesto que, según lo que él mismo

había manifestado en su carta, en el transcurso de sus ataques catalépticos nunca llegaba a perder la consciencia.

—El caso es que... —el embarazo del hombre iba en aumento—. El caso es que... Si mi empresa se entera, me echarán a la calle. Soy padre de familia, señor, y además es una familia numerosa...

«La clase proletaria se reproduce como los conejos», pensé yo. Los aprietos de aquel desgraciado no me importaban lo más mínimo, pero traté de disimularlo. Para ayudarlo un poco a pasar el trance, le pregunté:

—¿Y qué se le ocurre a usted que hagamos? Si puedo ayudarlo en algo... —subrayé los puntos suspensivos con un encogimiento de hombros.

—Su pariente ya está muerto, si me permite recordárselo —comenzó él, con un circunloquio—. Ya no siente ni padece y donde se encuentre, seguramente se halla en calma y paz. Sé que lo que voy a pedirle es un atrevimiento, señor, pero espero que se ponga usted en mi situación...

—Diga usted. Hable usted sin rodeos de una vez, hombre de Dios —de nuevo estuve a punto de echarme a reír.

El empleado de la funeraria echó un vistazo en torno, comprobando que ni mi tía Ágata ni las vecinas estuviesen atendiendo a lo que decíamos.

—Si yo ejecutase un movimiento así... —el empleado simuló coger la cabeza de mi tío en sus manos, anchas como guantes de béisbol, y moverla bruscamente hacia un hombro—. El envaramiento... rígido del cuerpo de su tío quedaría interrumpido entonces, ¿comprende? Siento manifestarme tan bruscamente en estos momentos tan delicados para usted y su tía; pero aplicando una maniobra como esa, podría acabar de meter a su difunto tío en la caja y cerrar la tapa. No habría que devolver el ataúd y encargar otro; es un modelo muy caro. Pero si usted me deja hacer lo que acabo de decirle, nadie se enteraría de lo ocurrido y a mí la empresa no me despediría. El chófer del coche fúnebre ya espera, ante la puerta de la casa...

Yo no lo pensé ni un momento. Mi tío podía recuperarse en cualquier momento y cada segundo contaba. No había que dejar pasar una ocasión como aquella.

—Está bien. Hágalo; tiene usted mi permiso. Pero espere a que saque a mi tía y a las vecinas del cuarto. El espectáculo podría causarles una fuerte impresión. Y que quede esto entre usted y yo.

—Por supuesto, caballero; así será. Y muchas gracias por su comprensión —el empleado de la funeraria parecía haberse quitado un peso de encima.

Me aproximé al rincón donde mi tía Ágata charlaba con las vecinas y les expliqué que debían salir de allí porque el empleado de la funeraria iba a cerrar la tapa del ataúd y a atornillarla luego y que no les resultaría agradable ver aquello. Ignoré un par de miradas de extrañeza de alguna de las vecinas y las acompañé hasta la puerta. Empujándolas ligeramente hacia la puerta, cerré la habitación detrás de mí y me quedé escuchando con atención lo que sucedía a mis espaldas. Mientras, mi tía Ágata recibía algún pésame y nuevas muestras de conmiseración de los paisanos que pululaban por allí, y fue alejándose junto con las vecinas por el corredor.

Un par de minutos después, escuché nítidamente un ruido áspero y seco, como el crujido de la rama de un árbol al desgajarse por la fuerza del viento: ¡*Crac!* El empleado del servicio de pompas fúnebres le había partido el cuello a mi tío, de forma que ahora podría doblarle la cabeza lo suficiente hacia un lado como para que el cuerpo cupiese en el ataúd y atornillar la tapa. Con cierta satisfacción, pensé en los últimos momentos que habría vivido mi tío, después de escuchar la conversación que junto a él habíamos mantenido el empleado de la funeraria y yo.

Me acerqué a la chimenea, saqué del bolsillo la carta y la rompí en varios pedazos, que arrojé rápidamente al fuego.



En la granja de Battiato

Por: *g2yoldi*

Sábado por la noche, primero de mes, Daniel García Torres con dinero fresco en la cuenta corriente tras haber cobrado su sueldo de granjero. Había pasado una noche tan divertida como intrascendente: muchas copas en los mismos bares de siempre, algún intento infructuoso de acercamiento al otro sexo y amigos volviendo a casa antes de que él quisiera. A las cuatro de la mañana, solo y apurando el enésimo cubata de la noche en la discoteca, decidió volver a casa. Salió del local y montó en su fiel Opel Corsa del año 2007 para volver a su pueblo.

Daniel siempre había sido consciente del peligro que supone coger el coche en su estado o, por lo menos, de una parte representada por los controles de alcoholemia. Existen estrategias más o menos rebuscadas para intentar burlarlos: siempre se ha oído hablar de gente que mastica pasta de dientes, café, caramelos o incluso ambientadores de coche; otros que hacen un poco de ejercicio intenso antes de coger el coche; gente que orina, vomita o toma laxantes; pero Daniel tenía la mejor solución de todas para evitar los controles: conducir sin luces por pistas forestales.

Esta noche se le había ido un poco de las manos. Aunque estaba bastante borracho, conocía bien los caminos y había una preciosa luna llena para ayudarle en su empresa. No iba demasiado deprisa —para ser él—, por si algún animal salvaje se cruzaba en su camino, y no tenía sueño. Anticipaba los detalles del trayecto mucho antes de que se pudieran ver: «curva a la derecha, curva cerrada a la izquierda, cruce, ahora llego al pajar de El Manisero, paso la curva y veré el Fiat Uno abandonado, cuidado con los baches de este tramo, ese árbol siniestro enfrente de la granja de Battiato...». Fue al pasar delante de la granja del citado Battiato, apodado en honor al polifacético cantante italiano por su angulosa fisonomía y no por sus dotes melódicas, cuando se encontró con algo que no encajaba: las luces de la granja estaban encendidas.

No estaba demasiado lejos del pueblo, así que por un momento barajó la posibilidad de llegar hasta allí para avisar al dueño de la granja. Sin embargo, dado su estado, temió la bronca que le echaría por coger el coche así y quizás hasta tendría que dar explicaciones a la Guardia Civil, así que decidió encargarse de todo él solo y mañana contar la historia que quisiera. Tenía veinticinco años, estaba en buena forma y, exaltado por el alcohol, quería convertirse en el héroe del día. Salió del coche, encendió un cigarro, cogió una llave inglesa del maletero y, haciendo unas leves eses, se acercó a la puerta.

La puerta de la granja estaba abierta, cosa que no era demasiado rara conociendo a Battiato. Hundió sus botas en la piscina de agua con desinfectante para las ruedas de los coches, obligatoria en todas las explotaciones ganaderas para evitar la propagación de plagas, sin que le importara como podía el cuero de estas ser afectado por el producto y entró en la granja.

Una vez dentro vio que, efectivamente, había luz, pero esta no era la luz de los focos, tal y como había pensado en un primer momento, sino que el aire parecía estar inundado de una extraña fosforescencia que no parecía provenir de ninguna fuente. El aire de la granja brillaba. Según miraba esta luminosidad, sentía que debía de estar más borracho de lo que pensaba porque le costaba distinguir el color de la luz: a veces parecía anaranjada, otras violácea, verdusca, parda, octarina... y todo ello sin transición aparente. La luz parecía de todos los colores y de ninguno a la vez.

Desconcertado, pensó que lo mejor sería salir de ahí, coger el coche e ir a casa a dormir la mona. Ya había comenzado a andar cuando fue consciente de otra cosa muy poco habitual: la granja estaba en completo silencio. Sabía que ahora debería estar llena de cerdos de uno o dos años y que estos le deberían haber recibido con el pandemio habitual de gruñidos. Sin embargo, en aquel momento no escuchaba ruido alguno. Decidió echar un vistazo en los corrales de los animales, podía ser que alguien los hubiera robado, envenenado o quién sabe qué. Se dirigió a la nave más cercana y abrió su puerta. Estaba llena de animales, apreciaba sus sombras en la oscuridad, pero estos no hacían ningún ruido ni parecían sobresaltados por su presencia.

Recorrió el pasillo central del recinto, con las porquerizas de nueve animales a ambos lados, mientras sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. En mitad de la nave, se dio cuenta de que había algo fuera de lo habitual con los animales: los cerdos estaban perfectamente ordenados en cada cuadra, dispuestos en tres filas de tres animales y ¡le miraban! ¡Estaba seguro que le miraban! Daniel comenzaba a sentir miedo, más allá de la simple intranquilidad. Sucedió entonces que los cuatrocientos animales encerrados en la nave gruñeron al unísono. Un solo «oink» emitido por cuatrocientas gargantas a la vez. Un gruñido estentóreo que casi le deja sordo.

Su reacción fue inmediata: salió corriendo en pos de la puerta más cercana, en el extremo opuesto al que había entrado. Mientras corría por el pasillo, veía a los animales inmóviles, en perfecta formación de tres por tres y mirándole con ojos de cerdo que casi parecían humanos. Abrió la puerta, salió, recuperó el aliento y... ¡se encontró apoyado en la misma puerta por la que había entrado!

Turbado, pese a que la parte de su mente que se aferraba a lo racional pensaba que se habría girado sin darse cuenta al asustarse, y que todo lo visto y oído era fruto de su dipsómana imaginación, no tardó en volver a correr hacia la entrada de la granja. Quería salir de allí lo antes posible. No obstante, algo le hizo detenerse antes de vadear el charco de desinfectante: el agua no era la misma que había pisado al entrar y que todavía mojaba sus botas de cuero; el charco ahora burbujeaba y emanaba calor. Intrigado y venciendo la sensación de sofoco que le provocaba el acercarse, sumergió la llave inglesa en el agua. Escuchó como chisporroteaba al ser hundida y cuando la sacó no había nada; el charco había disuelto en su totalidad la parte sumergida. Sin atreverse a meter los pies en el charco y no viéndose capaz de saltar los tres metros de este en su estado, aunque los sustos hubieran disminuido considerablemente su ebriedad, intentó recomponerse de la impresión y pensar cómo salir de ahí. Ya tendría tiempo para asustarse en casa.

La valla que rodeaba la granja no era demasiado alta y, aunque estaba coronada por alambre de espino, es posible que pudiera encontrar algún agujero o alguna tela con lo que tapar el alambre para escalarla. Comenzó a hacer un mapa mental de la granja, había estado bastantes veces ayudando a Battiato a cargar y descargar cerdos, y la conocía bien. Sin embargo, antes de que pudiera acabar, algo le sacó de sus pensamientos: tuvo la sensación de que alguien pasaba corriendo a sus espaldas. Se giró. No vio nada. Al instante, tuvo la misma sensación de una figura corriendo en el límite de su campo visual e intentó localizarla, pero fue en vano. Otra vez la misma sensación, y otra, y otra vez... Sobresaltado, corrió hasta el almacén de la granja, abrió la puerta y entró.

El almacén estaba completamente a oscuras. No entraba ninguna luz por los ventanales o la claraboya del techo, ni la luna llena, ni la fosforescencia de la granja. Pulsó el interruptor de la luz y ¡funcionaba! Cerró la puerta y se dejó caer en el suelo para intentar aclarar sus ideas. Encendió un cigarro intentado relajarse. Todavía pensaba que se debía tratar del *delirium tremens* o algo parecido, pese a que ya no se sintiera en absoluto borracho. No era una persona que tuviera miedo a lo paranormal, se reía al ver programas de la televisión con temática de misterio y esta experiencia encajaba con sus ideas sobre los casos descritos: la gente que ve fantasmas está borracha, drogada o tan asustada que puede ver cualquier cosa, todo se trata de sugestión —aunque él nunca emplearía esta palabra—. De repente, algo le sacó de sus reflexiones: la llave inglesa. Aún la sujetaba y esta parecía más ligera de lo normal; efectivamente, solo quedaba la mitad, la parte que no había sido sumergida en el charco. No sabiendo como encajar este hecho, arrojó la llave al fondo del almacén.

Escuchó que hacía un ruido como si hubiera golpeado algo metálico al caer, ¡Tink! Temblando, se sobresaltó al escuchar un segundo «tink», más sonoro que el anterior. Al escuchar un tercero —¡tink!— y un cuarto —¡tink!— cada vez más fuertes y cercanos, estuvo a punto de perder la cabeza. Se irguió intentando localizar su origen, pero no veía nada pese a que cada vez estaban más cerca. ¡Tink!, ¡tink!, ¡TINK!, el último «TINK» parecía estar justo delante de él... ¡TINK!, pudo sentir la vibración del aire del siguiente, que casi le deja sordo.

Abrió la puerta del almacén, salió y la cerró mientras escuchaba un estruendoso «TINK» justo donde el había estado sentado.

Una vez fuera, con su corazón latiendo a más pulsaciones de la debidas, dio unos pasos sin rumbo antes de notar que la fosforescencia del aire había cambiado. No sabía describirlo pero le parecía más sucia, más siniestra, más obscena. Era también más intensa y le impedía ver más allá de unos cuatro o cinco metros. No había niebla y el aire estaba claro, sin embargo, no podía distinguir nada, solo veía ese fulgor que le rodeaba. En cuanto quiso darse cuenta, vio que se había alejado del almacén. Aunque intentó desandar sus pasos para no perder esa referencia, fue incapaz. Andaba, andaba, andaba y no llegaba a ninguna parte. Seguía rodeado de la fosforescencia. Alterado, comenzó a correr. Corrió, corrió, corrió hasta perder fuelle y siguió corriendo un poco más.

Pese a fumar y emborracharse con bastante frecuencia, estaba en bastante buena forma. Calculó que podía haber corrido dos o tres kilómetros en ese rato. Sabía con certeza, ya que se lo había oído a Battiatto varias veces, que esta granja no tendría más de setecientos metros de un lado a otro en su punto de máxima amplitud. Siguió andando en la misma dirección, intentando recuperar el aliento. Parecía que la luminosidad se iba cerrando sobre él, cada vez podía ver menos y menos. Entonces llegaron los ruidos. Parecían jadeos que vinieran de más allá del perímetro delimitado por la fosforescencia. Demasiado sonoros y ominosos para ser humanos, cada vez más fuertes y justo delante suyo. Intentó alejarse de ellos, pero fue en vano, siempre estaban delante suyo, no importaba hacia donde se girara. Sintió que las piernas dejaban de sostenerle y se desplomó en el suelo. Cerró los ojos. Se acurrucó en posición fetal y comenzó a gritar «¡No!, ¡no!, ¡no! ¡Estoy borracho! ¡Esto es una pesadilla! ¡No!»

De súbito, los jadeos parecieron acallarse; sintió la necesidad de abrir los ojos para descubrir que la fosforescencia había desaparecido y que yacía delante de la puerta del almacén. Se incorporó tembloroso, la tensión había aflojado sus piernas y le costaba andar. Tiritando, consiguió encender otro cigarro. Se encarriló hacia la salida, ganando seguridad poco a poco. Mientras tanto, se decía a si mismo que todo había sido culpa del alcohol, que ya no probaría una gota más, que iba a ser un hombre nuevo... Llegó a la piscina de agua con desinfectante. No burbujeaba, introdujo la mano y la sensación fue la esperada: agua fresca, un poco corrosiva, pero nada que le importara demasiado. Dio un paso, luego otro y con los dos pies en el charco comenzó a vadearlo. Sin embargo, había algo que no estaba bien. Cada paso que daba, le alejaba de la orilla por la que había entrado y no le acercaba a la otra. Además, cada vez era más profundo; era como zambullirse en el mar de una playa del Mediterráneo con la marea alta: gradual, pero continuamente se iba sumergiendo más y más en el agua. Con el agua hasta sus rodillas, se giró para volver por donde había entrado y le ocurrió lo mismo: no podía acercarse y cada vez le cubría más. Con el agua casi hasta su cintura, pensó que esto era absurdo: estaba en el punto medio de la piscina, metro y medio más adelante tenía la salida y metro y medio más atrás la granja. Fue andando hacia el lateral, con la esperanza de salir por ahí, pero tampoco se acercaba a ninguna parte y el agua seguía subiendo con cada paso que daba. El agua ya le cosquilleaba el ombligo. Paró en seco. Perdió

la calma. Comenzó a saltar, chapotear, nadar hacia cualquier lado... Cuando perdió el resuello, se dio cuenta de que el agua ahora le llegaba casi hasta el cuello. Intentó tranquilizarse y mantenerse quieto, sin embargo, se le iban cansando las piernas, el desinfectante le causaba picores, le agitaban pequeñas corrientes, trastabillaba y a cada paso el nivel del agua ascendía. Llegó un punto en que tenía que estar de puntillas con el espacio justo para respirar. Entonces tuvo que comenzar a nadar. Nadar y nadar en un charco de tres metros de ancho y diez de largo que no debería tener más de diez centímetros de profundidad. Intentaba conservar la calma y las energías, pensaba para sí que seguro que las cosas cambiaban al amanecer, que alguien vendría y le rescataría, que habría una explicación para esto, pero poco a poco, según le entraba el cansancio, veía como el aire iba adquiriendo una fosforescencia todavía más lúgubre que las anteriores y que esta se iba cerrando en torno a él.

*

Al día siguiente encontraron su cadáver ahogado en la piscina de agua con desinfectante. Esta tenía sus dimensiones habituales, las que nunca se habían alterado. El coche de Daniel estaba estrellado en el árbol situado enfrente de la granja de Battiato. Se veía un rastro de sangre que salía de él y llegaba hasta la granja. El reguero seguía dentro de la nave de cerdos más cercana a la entrada; se acumulaba en la puerta del almacén, como si su fuente hubiera estado ahí apoyada mucho tiempo; zigzagueaba sin rumbo fijo a lo largo del recinto y volvía hasta el charco de la entrada, hasta los restos mortales de Daniel. El forense determinó que, tras dar vueltas en la granja desorientado y en busca de ayuda, la pérdida de sangre le había provocado un desvanecimiento sobre el charco de desinfectante, causante de su ahogamiento.



Un nuevo estilo de vida

Por: Daniel González Chaves

—¡Anímate, hombre! —me decía mi amigo y supervisor Fran, un veinteañero como este servidor. Debe haberme notado todo achicopalado viendo el monitor y respondiéndole al cliente en un robótico tono de patía al tiempo que me sostenía el mentón con la mano derecha—. ¿Qué te hace falta para reanimarte? ¿Café? ¿Red Bull? ¿Cocaína?

—¿Tienes cocaína? —pregunté extrañado mientras ponía mi *headset* en *mute*.

—No, pero apuesto a que puedo convencer a Recursos Humanos de conseguir si aceleras la producción. Igual, aguanta —dijo con un manotazo en el hombro—, un poco ya casi sales y hoy es viernes.

Lo que importaba un carajo porque normalmente trabajo los sábados, pero en este caso si era un hecho alentador ya que había sacado vacaciones para así irme de paseo con la familia a la playa.

Mientras atendía a una señora como de doscientos años explicándole con toda la paciencia del mundo el por qué tenía un mal historial de crédito, el reloj en la computadora dio las cuatro. ¡Hora de salida! Finalmente terminé la llamada, me quité los audífonos como si estuviera removiéndome un grillete y me estiré. Tras esto me despedí de Fran y me dirigí a los casilleros para sacar mis cosas. Algo de música de Iron Maiden en el iPod para ambientar y me fui tarareando las piezas hasta afuera del edificio donde trabajaba. Saludé al guardia al salir y esperé tranquilamente el autobús.

Tras abordar el vehículo y amenizar el trayecto hacia la casa con buena música rock (era eso o escuchar las rancheras que llevaba a todo volumen el chofer), llegué a mi casa en donde encontré a mi padre, Miguel Santamaría, arreglando el carro.

Es un tipo ya con bastante sobrepeso y una panza cervecera que no podía con ella. ¡Todo un galán! Revisaba detalladamente el motor del carro y estaba todo lleno de grasa. A sus pies estaba Pascuato, nuestro *collie* y la mascota de la familia. Al verme, el perro se levantó animadamente

y me fue a recibir moviendo la cola y jadeando. Le di algunas caricias en la cabecita. Me puse a curiosar lo que hacía mi progenitor con el vehículo. No sé nada de mecánica ni me interesa mucho, pues nunca ha sido lo mío, pero eso no me impedía ver.

—¿Qué haces pa'? —le pregunté tomándolo por sorpresa, por lo que se levantó de golpe dándose en la cabeza con la tapa del carro.

—Hijo de la gran...

—Perdón... —dije entre risas.

Me lanzó una mirada breve de reprensión por haberlo asustado y luego me dijo.

—Reviso que todo esté bien con el carro. No vaya a ser que esta maldita chatarra se nos vaya al demonio en medio camino y ahí sí que estamos cag.. —mi padre parecía incapaz de pronunciar una oración sin alguna maldición en alguna parte.

—¿Vamos muy largo? —interrumpí.

—Sí. Es una playa que está en el fondillo del mundo. Casi nadie la conoce. Vamos a ser los únicos ahí, vas a ver. Tendremos la playa toda para nosotros y no habrá nadie cerca en kilómetros.

—Entonces hay que ir bien equipados —le dije extendiendo mi pulgar y mi meñique para simbolizar una botella de cerveza.

—Me extraña. Eso ya lo tengo cubierto —dijo sonriendo y dándome unos suaves codazos en el abdomen.

—Si vamos a ir a un lugar así de mágico y aislado solo vamos a perturbar la naturaleza y a contaminar —reclamó la voz de mi hermana que salía de la casa cargando a su gato Martín (a quien llamó así en honor a Martin Luther King).

Mi hermana Stephanie...

Stephanie es una adolescente de dieciséis años. Stephanie es feminista, vegana, ecologista, anarquista y budista... a menos que haya cambiado recientemente de religión porque hace dos años era wiccana y después de eso fue rastafaria por dos semanas. Stephanie es bonita, aunque lo diga yo que quizás la veo con ojos de hermano, pero sé que tiene muchos pretendientes, aunque a ninguno les hace caso. Cuando tiene novio no le dura mucho porque normalmente es demasiado crítica y dominante. Se le dificulta mucho entender cómo alguien no puede compartir sus ideales, principios y valores y entregarse a las causas sociales y políticas igual que ella... así que casi nadie logra seguirle el ritmo y cumplir sus altas expectativas. Mucho menos nosotros, su familia, que somos un montón de desconsiderados.

—Ustedes son unos desconsiderados...

¿Ven?

—Ya te prometimos Steph que vamos a limpiar todo y no dejar ni la más pequeña evidencia de nuestra presencia allí una vez que nos vayamos —le dijo con paciencia mi papá—. ¿Qué más querés?

—No papá, es que no importa. Por pequeña que sea nuestra irrupción en ese santuario natural causará un disturbio al ecosistema. Molestará a los animales que viven ahí.

—¿Por qué no la dejamos acá? —le pregunté a papá, en son de broma claro—. Igual no quiere ir y así disfrutaríamos un poco del silencio por una vez en la vida.

—Callate, idiota —me dijo—. Además si ustedes van yo debo ir para asegurarme de que no van a contaminar. Pero... papá, ¿y Martin Luther King?

—Se refiere al gato —le aclaré.

—Ya sé. ¿Qué con él?

—Se va a deprimir sin mí. ¿Y si le pasa algo?

Steph rescataba animales de la calle al menos una vez al mes. No soportaba ver un perro o un gato perdido, solo, herido o hambriento. También rescató una vez un pájaro herido e hizo que mis papás lo llevaran al veterinario. Lo cuidó hasta que le devolvió la salud y el pájaro volvió a volar. A lo largo de su vida ha tenido conejos, gatos, perros, hamsters, ratones, peces, tortugas y canarios, bueno y en una ocasión una solitaria, pero eso es otra historia. Cada vez que se morían eran dos días de llanto desahogado como si se le hubiera muerto un pariente. No crean que soy insensible. Si se muriera Pascuato me pongo a llorar. Hasta por el gato ese me podría poner triste, pero creo que el funeral para el pez dorado que organizó en el patio fue demasiado.

—Hija, nos vamos a ir solo tres días. Martin Luther King va a tener suficiente comida y agua para pasarla tranquilo sin nosotros.

—Claro —dije—, y continuar su labor de lograr la igualdad entre perros y gatos.

En la casa mi mamá y mi abuela estaban en la cocina haciendo algunos preparativos de rigor para el paseo.

—¿Empacaste todo el equipo de supervivencia que te dije, Yolanda? —preguntó la abuela. Una anciana de setenta y cinco años pero vivaz y lúcida como una niña.

—No mami, vamos de paseo, no a la guerra.

—Uno nunca sabe lo que puede pasar, Yolanda.

—Sí, pero eso de llevar una navaja suiza, una cuerda, gasolina extra y una escopeta me parece excesivo.

La abuela había sido guerrillera cuando joven y había luchado en la guerra en el bando comunista. Supongo que en la Guerra Civil aunque mi papá dice que fue en la de Vietnam.

—Hola, Tavo —me dijo mi madre al verme—, ¿ya le avisaste a Patricia?

—Sí. Mañana llega acá en la pura mañana antes de irnos. Lástima que no se puede quedar a dormir hoy...

—¡Pero claro que no! —me contestó como indignada—. Bajo mi techo no admito concubinatos.

Mi mamá es una católica devota y la única integrante de la familia en ser religiosa.

—Que inocente sos Yolanda si crees que tu hijo no conoce ya a esa muchacha todita.

—¡Ay, mamá! Deja esos comentarios.

—¡Déjalos que se diviertan! —continuó la anciana—. Qué para eso son jóvenes. Pero eso sí, mijo, usa condón.

—¡MAMÁ!

El caso es que llegó la mañana siguiente. Mi madre llegó a despertarme como a las cinco de la mañana y ni siquiera había salido el sol.

—Jop... ¿pero ma' por qué tan temprano si todavía parece de noche? —protesté medio dormido.

—Ya, ya deje de reclamar y levántese, carambas.

—Cinco minutos más... —dije y cuarenta minutos después mi mamá me estaba despertando de nuevo a empujones. Creo que soñé con el gato diciendo «Yo tuve un sueño».

Bajé a la cocina donde el aroma a café inundaba el ambiente y mi familia desayunaba al tiempo que recogía sus cosas y todo era un caos. Mi madre le daba indicaciones y órdenes a todos, la abuela se estaba bañando, el viejo subía las pesadas maletas al carro, el perro ladraba y mi hermana Steph reclamaba que el repelente que compraron era de los que dañaban la capa de ozono.

El timbre sonó y fui a abrir. Allí me topé con Patricia, mi novia.

¡Ah, Patricia! Mi amiga desde hace años. Patricia es una mujer muy hermosa de cabello negro lacio y ojos verdes. Estaba vestida *sport* con unos pantaloncillos que dejaban al descubierto sus esbeltas piernas y una camiseta sin mangas.

—Me agarraste sin bañar, amor —le dije dándole un beso de piquito—; pasa.

—Buenos días —dijo ella entrando a la cocina y todos repitieron el saludo.

—¿Ya desayunaste? —le preguntó mi madre.

—Sí, gracias doña Yolanda, no tengo hambre.

Yo me metí al baño, pero tardé en aclimatarme al agua tibia y enjabonarme cuando ya mi madre me tocó la puerta para que me apurara porque estaban listos y los estaba retrasando. Salí y era mentira, en realidad todos estaban aún en sus caóticos vaivenes.

—A ver, a ver —dijo mi papá—; la meta es salir de aquí antes de las seis para evitar la maldita presa y llegar temprano.

Finalmente, nos montamos todos al carro, que es un 4x4 de tamaño familiar cuya marca omito para no hacer publicidad. Nuestros padres en los asientos del frente y atrás amontonados los cuatro; la abuela, Steph, Patricia y yo. Por suerte, la abuela y Stephanie son muy pequeñas y ocupaban el espacio de una sola persona. Pascuato iba atrás, a la par de las cajas de comida. Salimos a eso de las ocho y media... obvio sin cumplir la meta y topándonos con un embotellamiento de tránsito de los mil diablos.

Papá suspiró.

Yo tenía a Stephanie a la derecha leyendo un libro de filosofía y a mi izquierda a Patricia, estábamos tomados de la mano y nos besábamos a cada rato, hasta que mi mamá empezaba a aclararse la garganta.

—Toma —le dijo Miguel dándole unas pastillas de menta.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Pa' que te quité esa carraspera que tenés.

Lindo mi viejo. Siempre me apoyaba.

Lástima que las cosas nunca le salían como pensaba. El lugar resultó no ser para nada secreto, sino todo lo contrario, estaba atestado de turistas, tiendas de acampar y bares aledaños. En fin. Sin ambiente que proteger Stephanie se relajó un poco y hasta hizo una amiga a la que llamamos Morticia, porque vestía toda de negro y tenía la cara bien pálida y solo la veíamos de noche. Pasaba todo el tiempo hablando de cosas extrañas como «las sepulcrales entidades que deambulan por entre las penumbras de la noche» o «las enloquecedoras abominaciones que se remueven en los fondos abismales del océano cerca de nuestra playa». No debí dejar a Steph sola con esa chica rara, pero estaba demasiado ocupado haciendo el amor con Patricia a escondidas de mi mamá.

Terminado el paseo retornamos a nuestro hogar para continuar con la rutina cotidiana sin sobresaltos mayores, salvo unos piquetes de mosquito enormes que le salieron a Steph en el cuello.

Fue hasta varios días después que empezó a mostrar un comportamiento extraño. Al principio estaba irritable y huraña, como si fuera esa época del mes, luego parecía depresiva. Decía sufrir de jaqueca así que no fue al colegio en toda una semana, pasaba todo el día durmiendo y en la oscuridad, e incluso había descuidado al gato al que teníamos que alimentar nosotros y que comenzó a rehuirle extrañamente y a erizar el lomo al verla. Lo más extraño es que no hablaba y ese comportamiento inusual ya nos preocupó mucho.

Entramos los cuatro (mis padres, mi abuela y yo) a su habitación. El lugar estaba totalmente sumido en tinieblas y, en cuanto encendimos la luz, emitió un rugido como de animal y se introdujo más entre las cobijas.

—¿Estás en drogas? —le preguntó mi madre con tono angustiado.

—No creo, ma' —respondí—; las drogas te ponen alegre... digo, me han contado... yo...

—No estoy en drogas... déjeme en paz... —rezongó con una voz ronca espantosa. Nos volvimos a ver unos a otros haciéndonos gestos de que alguno debería sacarla de las cobijas. Finalmente, mi padre se animó y, en cuanto le quitó las mismas de encima, Steph se levantó de un solo golpe y empezó a emitir unos gruñidos como de perro rabioso y tenía los ojos rojos fosforescentes. Todos salimos del cuarto espantados y cerramos la puerta tras nosotros. Hasta Pascuato empezó a ladrar.

—¡Y yo que pensaba que usted tenía mal carácter! —le dijo mi papá a la abuela.

—Debemos llamar a un médico —sugirió mi madre—. Tiene conjuntivitis. Debe ser eso lo que la tiene de tan mal humor...

—Lo que necesita es un psiquiatra —adujo la abuela. Dos horas después llegó para la visita domiciliaria el doctor Collado, el médico de familia. Entramos con el galeno a la habitación, pero no estaba en la cama.

—¿A dónde se fue...? —preguntó mi madre extrañada. Buscamos bajo la cama, en el closet, en todas partes sabiendo que no podía haber dejado la habitación hasta que la vi... en el techo... sosteniéndose del cielorraso como una lagartija.

Señalé hacia allí con pulso tembloroso y todos miraron atónitos. Hasta Pacuato emitió un quejido de confusión. Stephanie se encontraba colgando del techo con los ojos rojos y en la boca sobresalían dos afilados colmillos. Prorrumpió en nuevos rugidos inhumanos y se lanzó contra nosotros de un salto por lo que de nuevo salimos del cuarto.

—Pe... perdonen... pero yo no puedo ayudarlos... —gritó el Dr. Collado mientras salía corriendo de la casa, se montaba a su vehículo y escapaba a toda velocidad dejando las llantas marcadas en la entrada.

—¡Está poseída! —dijo mi madre—. ¡Santo Dios! ¡Un exorcista! ¡Necesitamos un exorcista!

Poco después nos visitó el padre Alfaro, el párroco local. Llegó con agua bendita, cruces y la biblia como en la película, y bajó todo cubierto de vómito.

—¿Lo vomitó? —le preguntó mi madre.

—No, el que vomitó fui yo —respondió el sacerdote—; le estaba bebiendo la sangre a un ratón... Lo siento, pero su hija no tiene una posesión demoníaca normal. Lo que sufre es vampirismo. Sé que es difícil de creer, pero la Iglesia ha investigado por siglos ese fenómeno. Pudo haber caído bajo la influencia de las fuerzas del infierno de muchas maneras; participando de ritos satánicos, escuchando música rock, haciendo conjuros mágicos, participando en movimientos políticos que fomenten el estado laico o el matrimonio gay o juntándose con esos tales góticos. ¿Ha hecho algo de eso?

—Todo menos los ritos satánicos... creo —respondió mi madre—. ¿Cómo se cura?

—El vampirismo no tiene cura. Tendrán que clavarle una estaca en el corazón para que no lastime a nadie.

—¿Está loco? ¡Lárguese de mi casa! —dijo mi mamá echando al clérigo. Luego decidimos tener una charla sobre el asunto en familia.

—¡Al carajo! No es tan grave —dijo papá—, es mi hija y la sigo amando. Cuando la vi en la playa tan amiga de la Morticia dije para mí mismo «la amaré igual aunque sea lesbiana», solo es cuestión de hacerse a la idea.

—¿De que es lesbiana? —preguntó la abuela.

—¡NO! De que es vampira.

—Ya le hemos tenido paciencia de muchas excentricidades antes —dije—. Es casi lo mismo. Solo debemos adaptarnos a su... padecimiento.

—¿Padecimiento? —dijo la voz de Steph desde el segundo piso y luego llegó hasta la escalera y nos encaró—. ¿Padecimiento le llaman a mi cultura? ¡Intolerantes! Los vampiros también tenemos derechos. ¡Basta ya de esa discriminación medieval!

—Está bien, está bien —dijo mamá levantando los brazos en gesto apaciguador—, no te molestas, Steph, tranquila. Todos te amamos y te aceptamos así como sos...

Y pasó el tiempo. Stephanie se abocó a estudiar más a fondo todo lo que podía de su nueva cultura, leyendo sobre vampiros en Internet. Hasta se metió a un grupo de Facebook. Mientras tanto mis padres se dieron a la

complicada tarea de conseguir enormes cantidades de sangre en las carnicerías. Yo ya me estaba cansando de comer morcilla, pero Stephanie parecía feliz.

—¿Cómo que no van a ir a la cena familiar de diciembre? —le preguntó la tía Clara a mi mamá por teléfono, tan fuerte que pude escucharla.

—Ah... —respondió mi mamá nerviosa—, es que Stephanie ya no come... ejem... ya no come carne... sí, se hizo Hare Krishna... Sí, sí, ha sido difícil adaptarnos a su nueva dieta. Ahora hacemos comida especial para ella, sí... ajá... Sí, hay que respetar, nos ha costado acostumbrarnos a su nuevo estilo de vida... Sí... sí, Rosa, adiós.

Entonces ese día tocaron el timbre. Fui a abrir y me topé con Morticia.

—Hola —dije—, me imagino que vienes a ver a Stephanie.

—Sí —respondió ella.

—¡Steph! —grité—. ¡Acá te busca uno de tus amigos vampiros!

—No hace falta que hagas burla de mi forma de vestir —reclamó ella.

—No estoy haciendo burla. Ya sabemos que sos vampira.

—No sé de qué me hablas. Solo vine porque me cayó bien Stephanie y ella me dio su dirección para que la visitara.

Pero si Morticia no había sido la que había convertido a Steph... entonces... ¡solo podía ser alguien!

Tomé mi celular de inmediato, llamé al número de Patricia quien me contestó sin mucha espera.

—Dime mi amor.

—Patricia, ¿sos vampira?

—Sí.

—Pero si te he visto andar en el sol...

—Eso del sol es una superstición tonta. ¿Nunca has notado que no me ves comer?

—Pensé que simplemente eras anoréxica. ¿Qué edad tienes?

—No querés saber.

—¿Por qué convertiste en vampira a mi hermana?

—¡Ay! ¡Qué ignorante sos de nuestra forma de vida! Para convertirse en vampiro hay que morirse primero. Fue solo que me dio hambre a media noche y quería un bocadillo, así que la mordí un poquitín nada más. Se le pasará en un par de meses.

—Bueno pues tenemos que hablar más seriamente, ese tipo de secretos no se deben guardar en una relación, estoy muy molesto. Incluso puede que decida que debemos ver a otras personas... eh vampiros, ¡lo que sea!

—¿Cómo que me vas a terminar? ¡Pero si mis papás van a venir de Rumania solo para conocerte! Tal vez has escuchado hablar de mi papá... sale en muchas películas...

AUTORES



Aldana Loureiro

(Buenos Aires, 1998) Estudiante de veterinaria en la Universidad de Buenos Aires. Estudió en el instituto Agustiniiano, donde participó en las olimpiadas de biología en instancia nacional y terminó sus estudios secundarios con orientación a Ciencias Sociales. Publicó su primer libro *La sociedad de los conejos* (ACUEDI Ediciones, 2020).



Álvaro Casalino

(Trujillo, 1988). Bachiller en Ciencias de la Comunicación. Publicó el poemario *El génesis artificial* (Arkabas 2012), el libro infantil *El ABC de los monstruos* (Arkabas 2014) y *Raúl y su caja mágica*.



Álvaro Morales

(Montevideo, 1978) Psicólogo (por UdelaR), y Psicoterapeuta (por CEA). Ha participado en unas 50 publicaciones, entre ellas *Carbono Alterado* 3, 4, y 6, revistas *Axxón*, revista *El Narratorio*. En 2016 publicó una novela de ciencia ficción *"El otro Montevideo"*, en Kodama Cartonera, Tijuana, México.



Edher Juárez

(CDMX, 1989). Ingeniero Mecánico egresado de ESIME. Entusiasta de la ciencia ficción desde su infancia que en 2015 publicó su primer relato en «Cosmocapsula». Mi desbordada imaginación es lo mejor de mí.



Daniel González

(San José, 1982) Ha publicado: *Un grito en las tinieblas: la vida de Zárate Arkham* (2010), *Lágrimas de guerrera* (2013), *Leonor: aventuras fantásticas* (2016) y *El efecto Casandra o como aprendimos a defendernos de los lagartos gigantes del espacio* (2018).



AUTORES



Gerardo Espinoza

(Lima, 1987). Artista gráfico, titulado en diseño gráfico publicitario. Se dedica actualmente a la ilustración.

Es retratista, pintor de animales y escenarios. Está escribiendo actualmente su primera novela corta. La portada es obra suya.



Marco Antonio Marcos

(Cádiz, 1968) Trabaja en el Observatorio Astronómico de San Fernando (Cádiz) como ingeniero. En 1994 quedó entre los finalistas del Premio Planeta de Novela con El Interrogatorio (Palabras de Agua, 2014).



g2yoldi

(Pamplona, 1980)

Escritor en la sombra e investigador científico y docente en la luz. Ha publicado en la revista Almiar y en la colección Calabazas en el trastero y tiene un blog con sus narraciones que no actualiza casi nunca <https://g2yoldi.wordpress.com/>





AGRADECEMOS INFINITAMENTE A NUESTROS PATREONS

GRACIAS A ELLOS PODEMOS
CONTINUAR TRAYENDO PARA USTEDES
LA MEJOR LITERATURA EN NUESTRO IDIOMA.

ALHELÍ MÁLAGA,
SALVADOR ORTIZ,
OMAR GONZÁLES,
PEDRO CASTRO PUENTE,
Y FALCO RIVERA.

ÚNETE:

▶ patreon.com/relatosinc

GE
3511
GERARDO
ESPINOZA

ACUEDI
EDICIONES

 / RelatosINC
 / Acuedi Biblioteca
 / Relatos Increíbles

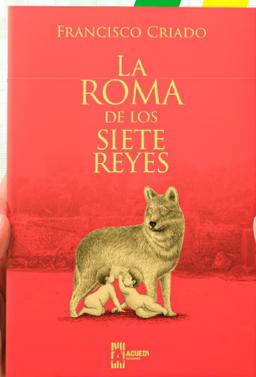


PUBLICA CON NOSOTROS:



5 AÑOS DE EXPERIENCIA CON 73 PUBLICACIONES

ASESORÍA PARA VENDER LIBROS A TRAVÉS DE PLATAFORMAS WEB | PUBLICAMOS LIBROS IMPRESOS Y DIGITALES (EPUB Y PDF) DISTRIBUCIÓN DE LIBROS



ESCRIBE AL CORREO: hector@acuedi.org

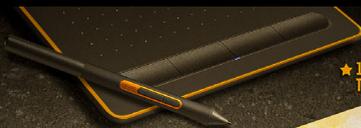
9 9325 8125

f / ACUEDI BIBLIOTECA

NECESITAS UNA PORTADA BRUTAL PARA TU LIBRO?

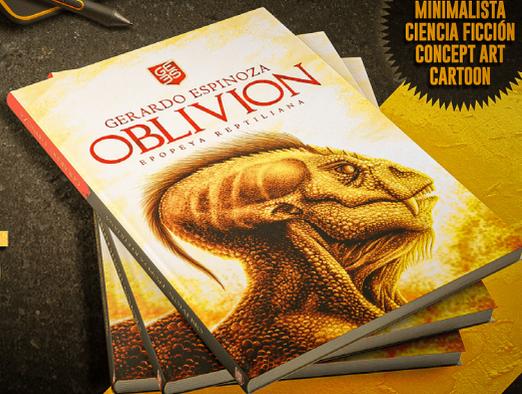
f GERARDO ESPINOZA.SPX

* PRECIOS ESPECIALES PARA ESCRITORES Y EDITORIALES INDEPENDIENTES



★ 100% DIGITAL TABLETA WACOM

FANTASIA
MINIMALISTA
CIENCIA FICCIÓN
CONCEPT ART
CARTOON



> CONSULTAS: 94165 9436



A NETFLIX ORIGINAL SERIES

THE UMBRELLA ACADEMY

SEGUNDA TEMPORADA

Cuando el género de superhéroes parecía agotado en las series, aparece esta estupenda segunda temporada de The Umbrella Academy. No solo supera a su primera temporada que tuvo un comienzo algo tortuoso, sino que consolida a muchos personajes principales. De hecho, las actuaciones soberbias de Aidan Gallagher (Número 5) y Robert Sheehan (Klaus) levantan enormemente la calidad de una trama que logra sobrevivir a la temática de los viajes en el tiempo. Y no es poca cosa: muchas series han muerto gracias a su incapacidad de manejar esto. Héros (2006-2010) es el mejor ejemplo de ello. Pero volvamos a la historia que se sitúa en los agitados años sesenta estadounidenses donde la guerra de Vietnam, la lucha de los derechos civiles de la población afroamericana, la Guerra Fría, el movimiento hippie, la revolución sexual y el asesinato del presidente Kennedy marcan el escenario con fuerza.

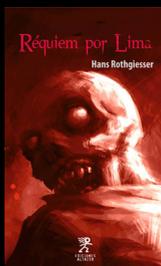
Y cada uno de los personajes principales tiene la capacidad de situarse en un contexto diferente y logra desarrollarlo con cierta profundidad. Esto no hace más que enriquecer a la historia que va develando distintos misterios progresivamente. Además, en esta ocasión no vemos a un grupo de héroes quebrado sino en proceso de construcción. Cada quien tendrá que lidiar contra sus propios fantasmas para llegar a un único objetivo: volver a su tiempo. O eso creían.

Héctor Huerto Vizcarra

LIBROS RECOMENDADOS

REQUIEM POR LIMA

De Hans Rothgiesser
Ediciones Altazor — 2014



Lima está asediada por zombis. Han invadido toda la ciudad y obligado a las personas a abandonar la capital. Solo algunos caminantes regresan para recuperar objetos de valor. En esta primera novela un caminante tendrá que afrontar retos impensados cuando todo se salga fuera de su control.

REQUIEM POR SAN BORJA

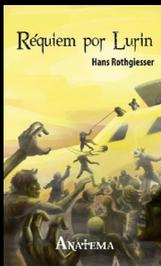
De Hans Rothgiesser
Ediciones Altazor — 2016



Continúa la historia del caminante que ha quedado atrapado en Lima. De hecho, la historia comienza cuando despierta después de un mes de haber estado en coma y la horda de zombis le impide escapar. Tendrá que lidiar entre la sobrevivencia y estar al cuidado de dos niños.

REQUIEM POR LURÍN

De Hans Rothgiesser
Ediciones Altazor — 2019



Un grupo de caminantes logra refugiarse en una plataforma ubicada en un cerro en Lurín, donde buscan protegerse de la horda de zombis que amenazan con destruirlos a todos. Tendrán que utilizar todas sus habilidades y juntar todo su valor para encarar lo imposible.

